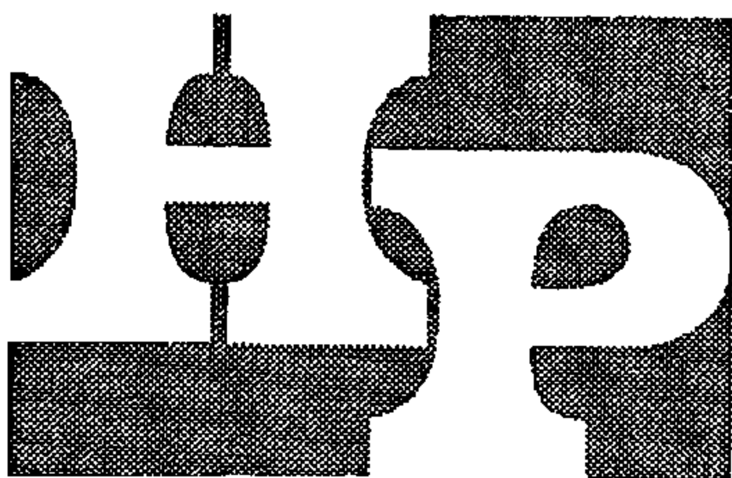


Keith Luger

Deliciosa recompensa







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

DELICIOSA RECOMPENSA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 410
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal; B 35204-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: noviembre, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Alan Marvin entró en el saloon.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —rugió.

Alan Marvin era alto, fornido. Tenía los puños cerrados y sus ojos, de color verde, brillaban mucho porque estaban llenos de furia.

Las conversaciones se habían interrumpido en el local.

Una girl se echó a reír y su cliente le cortó la risa porque le tapó la boca. La girl quedó aterrorizada al ver a Alan Marvin plantado en el centro del saloon.

Los hombres que se encontraban en el mostrador se habían vuelto, y algunos de ellos se quedaron con el vaso cerca de los labios, sin beber, porque todos ellos estaban como estatuas.

—¡Pandilla de hijos de perra, he preguntado dónde está! —gritó Marvin—. Tú, Tom, ¿es que quieres que te rompa la cara?

—Está arriba.

—¿Con quién?

—Con el forastero.

—¿Cuánto tiempo llevan allí?

—No lo sé.

—¡Te he preguntado cuánto tiempo lleva con Margaret!

—Una media hora. Yo creo que es una media hora —tartamudeó Tom, un tipo de nariz muy chata—. ¿Verdad, muchachos, que sólo lleva media hora?

Los hombres que estaban a su lado movieron la cabeza en sentido afirmativo, pero ninguno habló.

Alan Marvin echó a andar hacia la escalera.

Todos lo siguieron con la mirada.

Subió los peldaños.

Los hombres que estaban en el mostrador sacaron dinero del bolsillo.

—Tres dólares contra uno a que gana Marvin —dijo el chato Tom.

—Yo apuesto.

—Las apuestas en el mostrador —dijo el barman de espeso bigote y que respondía al nombre de Douglas.

Alan Marvin se detuvo ante la puerta de arriba. Se escupió en las manos y por fin abrió y pasó al interior.

Todo el público que había en el saloon, los clientes y las girls, quedaron en suspenso, mirando la puerta que se había cerrado tras de Marvin.

Tom se puso a contar.

—¡Uno…! ¡Dos…! ¡Tres!

La puerta de arriba fue arrancada de cuajo y voló por el aire. Y tras de la puerta, apareció una mancha borrosa que golpeó contra la barandilla, pero no llegó a caer porque la barandilla era de muy buena calidad.

Era Alan Marvin. Se puso bizco y miró hacia abajo.

Los que habían apostado a favor de Marvin estaban sorprendidos.

—Marvin, ¿qué te pasa? —gritó Tom.

—Me pilló a traición.

—¡Vuelve ahí dentro y enséñale quién eres!

Marvin se escupió otra vez en las manos y volvió a entrar en la habitación.

Se oyeron chasquidos de golpes. Aullidos.

La girl llamada Margaret salió en enaguas y con un trozo de vestido en la mano.

—¡Miren lo que ha hecho! ¡Miren lo que ha hecho conmigo ese salvaje! ¡Casi me ha desnudado!

—¿Quién gana, Margaret? —preguntó Tom.

—Marvin lo destrozará. ¿Qué hacéis ahí todos? ¿Por qué no subís? ¡Marvin lo hará pedazos!

De pronto apareció Marvin tambaleándose. Se apoyó en la barandilla y logró sujetarse bien. Tenía un ojo negro.

Todos estaban asombrados.

—¡Marvin! —gritó Tom que había apostado por él—. ¿Qué

diablos te ocurre hoy?

—¡Aún no he empezado! —dijo Marvin y, todavía tambaleándose, dio media vuelta y echó a correr metiéndose otra vez en la habitación.

Se oyeron más chasquidos mezclados con maldiciones.

Un cuerpo salió materialmente volando por el hueco de la habitación, y ahora la barandilla no pudo detenerlo porque golpeó contra ella y dio una excelente vuelta de campana.

Abajo estaba la mesa de póquer. Un segundo después ya no existía la mesa de póquer, porque había quedado convertida en astillas al caer Marvin sobre ella.

Los hombres que habían aceptado las apuestas en contra de Marvin empezaron a coger el dinero del mostrador.

Se oyeron pasos arriba y un hombre salió de la habitación soplándose los nudillos No daba muestra de haber recibido un solo golpe. Nadie lo conocía. Sólo sabían una cosa. Que era forastero.

Los clientes lo miraron con respeto.

Se asomó a la barandilla. Era tan alto como Marvin, rostro de facciones varoniles. Apuntó a Marvin, que estaba medio desvanecido, y dijo:

—No me gusta que nadie me moleste cuando estoy con una chica.

Tom, que había perdido sus tres dólares, le apuntó con la mano.

—Eh, usted, ¿cómo se llama?

—Kirk Russel.

—¿Sabe a quién ganó?

—A un mulo.

—Se llama Alan Marvin.

—Pues no le voy a decir que tuve mucho gusto en conocerlo.

—Oiga, señor Russel, Marvin venció este mes a tres forasteros que quisieron pasar el rato con Margaret. Uno de ellos no volverá a comer con sus dientes en la vida. Otro tardará tres meses en sanar de la fractura de costillas.

—¿Y qué le pasó al tercero?

—Anda con muletas.

El forastero llegó a la escalera.

—¿Dónde está Margaret?

—Fue a ponerse otro vestido.

—Oh, sí, el mulo le pegó un zarpazo para quitarla de mis rodillas.

Todos hicieron un gesto de asombro y Tom preguntó:

—¿Quiere decir que usted le pegó los primeros castañazos a Marvin con Margaret en sus rodillas?

—Sólo pude mover el brazo derecho. Con el izquierdo abrazaba a Margaret.

Alan Marvin logró levantarse, pero se tambaleaba mucho. Giró a un lado y a otro.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

—¿Se refiere a mí? —preguntó Kirk Russel.

Marvin dio media vuelta e hizo un esfuerzo para enfocar la imagen de su rival. Pero eso le costó un poco de trabajo porque su ojo derecho se había cerrado completamente y sólo podía mirar por el izquierdo.

—¡Maldito sea, forastero, lo voy a hacer pedazos!

—Me han dicho que se llama Marvin.

—Sí, me llamo Alan Marvin, y no consiento, que nadie me quite a mi chica.

—Ella es Margaret, ¿eh?

—Sí, es Margaret.

—Pues si no quiere que trabaje como girl, ¿por qué no la retiró?

—Se cree muy sabihondo, ¿eh?

—Sólo he hecho una pregunta.

—Pues entérese, forastero. Estoy ahorrando para casarme con Margaret, porque ella me dijo que no se casaría conmigo hasta que no le comprase el ajuar.

—De modo que está ahorrando como una hormiguita para casarse y, mientras tanto, pega a todos los tipos que quieren beber un trago con Margaret.

—No, no pego a los que quieren beber un trago con Margaret. Sólo a los que quieren hacer otra cosa con ella.

Kirk Russel miró hacia la habitación donde había estado con Margaret y dijo:

—Oh, el amor.

—¿Trata de burlarse de mí? —rezongó Marvin.

—Oiga, amigo. Yo no sabía nada de sus problemas. ¿Por qué no nos damos la mano y aquí no ha pasado nada?

—Creo que es una buena idea. Aquí está mi mano —dijo Marvin.

Avanzó hacia Russel y éste le tendió la diestra. Pero Marvin le lanzó el puño a la cara.

Russel saltó con una facilidad pasmosa, y Marvin estrelló el puño contra el mostrador.

—¡Margaret, me he quedado sin nudillos! —aulló.

—Eso le pasa por farsante —dijo Kirk.

Marvin lo miró con ojos llenos de lágrimas.

—¡Maldita sea! ¿Cómo lo hizo?

—Tengo la cara muy bonita, Marvin. A mi madre le costó mucho trabajo hacerme, y no consiento que nadie estropee su obra. ¿Quiere beber ahora un trago conmigo o prefiere seguir jugando al dale que te doy?

—Prefiero el *whisky*.

—¿Sin trampas?

—Sin trampas.

—Ponga dos *whiskys*, compañero —dijo Kirk al barman.

Douglas sirvió los *whiskys*.

Los dos hombres que habían peleado bebieron.

—¿Adónde vas, Kirk? —lo tuteó Marvin.

—Al Oeste.

—¿Qué parte del Oeste?

—Todavía no la he elegido.

—Tienes buenos puños.

—Eso me han dicho algunas veces.

Kirk le examinó el ojo y se dirigió otra vez a Douglas.

—Eh, compañero, sírveme un filete de a cuatro dedos y que sea fresco.

—En seguida.

Douglas se metió en la cocina y regresó al cabo de un momento con el filete en un plato.

Kirk cogió el filete y se volvió hacia Marvin.

—Levanta la cara.

—¡No, Kirk, en el ojo no!

Pero lo dijo demasiado tarde, porque Kirk le plantó el filete en el ojo negro.

Marvin lanzó un aullido de dolor.

Kirk tuvo que sujetarlo para que no cayese.

Marvin soltó un gemido, pero terminó por sujetarse él mismo el filete en el ojo.

En aquel momento entró en el saloon un hombre con muletas. Pero no lo hizo solo. Tras de él entraron tres hombres fornidos.

El de las muletas lanzó una carcajada.

—Ahí lo tenéis. Ése es Alan Marvin.

Alan se volvió con el filete en el ojo.

—¿Qué te pasa, Sam?

—Llegó la hora de mi revancha.

—¿Crees que no voy a pelear contigo porque tengo un ojo cerrado? Tú estás en muletas, Sam. Si yo estuviese en tu lugar, me hubiera marchado de aquí en vez de quedarme tres semanas.

—Me he quedado tres semanas porque ha valido la pena —rió Sam—. Marvin, te presento a mis tres primos. Son montañeses. Les escribí para que viniesen a este pueblo. Y acaban de llegar. Te los voy a presentar. El de la izquierda es el Bruto John, el que le sigue es el Salvaje Paul, y el que está a mi lado es el Bestia Harry.

—Tienes una familia muy aseada.

—El aseo te lo van a dar a ti. ¿Cómo quieres que te hagan el afeitado? ¿En seco o con un poco de jabón?

—Hombre, a mí me gustaría con masaje.

Sam, el de las muletas, lanzó una carcajada.

—Ahí lo tenéis, chicos. Hasta tiene buen humor. Pero ¿qué veo, Alan? ¿Te vapulearon?

—Fue una caricia del gato.

—¿Y quién fue el gato?

—Servidor —dijo Russel.

—Hizo bien en madurarlo, gato. Ahora mis primos terminarán el trabajo que usted empezó. ¿Listos, primos?

Sus tres primos, el Bruto, el Bestia y el Salvaje hicieron gestos afirmativos.

—¡Maldita sea! —exclamó Alan Marvin—. ¡Sois tres contra uno!

—Contra dos —dijo Kirk.

CAPÍTULO II

Kirk Russel se puso al lado de Alan Marvin.

Sam, el de las muletas, dijo:

—Eh, usted, gato, váyase en busca de su ratón.

—Ya encontré aquí tres.

—¿A quiénes se refiere?

—A sus tres primos.

Sam lanzó otra carcajada.

—¿Oís eso, primos? ¿Qué estáis esperando? ¡Duro con ellos! ¡Y moler también al gato!

Uno de los primos habló, el Bruto John.

—Haremos una ensalada con ellos dos, primo Sam. En marcha, chicos.

El Bruto John, el Salvaje Paul y el Bestia Harry caminaron hacia la parte del mostrador donde se encontraban Kirk y Alan.

El encuentro fue brutal. Alan quiso sostener el filete sobre sus ojos y sólo usó un brazo. Pero tuvo puntería porque lo estrelló en las narices del Bruto John y lo mandó dando vueltas por el local.

Kirk Russel recibió al Salvaje Paul sacudiéndole un trallazo entre los dos ojos.

El Salvaje Paul salió disparado arrollando mesas y sillas. En su camino encontró una columna y no la llegó a destrozar porque era de piedra.

Kirk se ocupó del Bestia Harry. Lo paró metiéndole el puño en el estómago y, cuando Harry se arqueaba, lo enderezó con un izquierdazo en el mentón.

El Bestia Harry voló y tuvo una mala caída. Estrelló la cabeza contra el piano y la incrustó allí. Quedó con el trasero fuera.

Marvin echó a andar hacia Sam.

—Y ahora te toca a ti, Sam.

Todos pudieron ver el milagro.

Sam dejó caer las muletas y echó a correr con toda velocidad.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —Escapó del saloon.

Alan Marvin soltó una carcajada que fue coreada por los testigos de aquella pelea.

Se volvió hacia Kirk, que ya estaba en el mostrador, bebiendo *whisky*.

—Kirk, estuviste fenomenal.

—No me gusta que abusen de la gente.

—¿Crees que me habrían ganado? ¡Te equivocas, Kirk! ¡Con un solo brazo habría podido con esos mequetrefes!

—¿No te parece que eres un poco fanfarrón?

Se produjo un gran silencio.

Los presentes sabían lo que Marvin hacía con el que le llamaba fanfarrón. Todo el que le había acusado de serlo, había perdido por lo menos cuatro muelas.

Pero los testigos pudieron ver cómo Marvin reía estremeciendo los hombros.

—Tuvo gracia eso, Kirk. Soy un fanfarrón. Sin tu ayuda, me hubiesen afeitado en seco, como Sam quería.

La puerta se abrió de golpe y una persona entró corriendo.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme!

Quedó en medio del saloon y todos pudieron ver que se trataba de una mujer, aunque estaba vestida como un hombre, con camisa a cuadros y pantalones varoniles. Tenía el cabello rubio, muy corto, como el de un muchacho.

El chato Tom preguntó:

—¿Qué te pasa, chica?

—¡Me persiguen!

—¿Quién?

—Los hombres del mayor Sterling.

Tom se quedó con la boca abierta.

—¿Quién has dicho?

—¡El mayor Sterling!

Fue como si hubiese dicho el diablo. Tom echó a correr. Pero no lo hizo solo. En el saloon se produjo la desbandada. Los clientes dejaron las botellas y los vasos y corrieron hacia la calle.

Un hombre que estaba besando a una girl le dio un empujón a ella, arrojándola de la silla, y cruzó el local como una exhalación, en busca de la puerta, por donde desapareció.

Marvin bebió un trago y dijo:

—¡Vámonos, Kirk!

—¿Por qué?

—¿Es que no lo has oído? Los hombres del mayor Sterling están en la ciudad.

La rubia, que vestía como un pilluelo, dio una patadita en el suelo.

—¡Son unos cobardes! ¡Todos ustedes son unos ratones!

Marvin tiró del brazo de Russel.

—Aprisa, muchacho, que pueden llegar.

—Yo no tengo prisa por llegar a ninguna parte.

—Recuerda que vas al Oeste, Kirk. Monta en el caballo y continúa tu camino.

—Estoy un poco cansado después de haber peleado contigo. Y creo que voy a pasar la noche en este pueblo.

—Muy bien. Te invito a mi casa. Está al final de la calle.

—Iré luego.

—Tiene que ser ahora. Haré una comida que te chuparás los dedos. Soy un buen cocinero.

En la calle se oyó una cabalgada.

Douglas, el barman, se dirigió a la muchacha.

—Oye, chica, no me busques complicaciones. Diles a los hombres del mayor que yo no te di cobijo. Que te metiste por tu propia voluntad.

—¡Son todos unos asquerosos cobardes! —repitió la chica.

Marvin seguía tirando del brazo de Russel.

—¡Vámonos, Kirk!

—Espera, hombre.

—¿A qué tenemos que esperar?

—Quiero ver a esos hombres.

—Será mejor que no los veas.

—¿Por qué?

—Son pistoleros.

Marvin ya no pudo decir más.

Se abrieron las hojas de vaivén y entraron tres hombres. Eran

mal encarados. Llevaban la pistolera muy baja. El más alto tenía el cabello rojizo.

Marvin habló por la comisura de la boca:

—El pelirrojo es Dick Fonda.

La joven rubia se había vuelto hacia los pistoleros.

Dick Fonda le sonrió.

—Hola, nena.

—Déjenme en paz.

—Venimos por ti.

—No quiero cierta clase de compañía.

—Sólo queremos ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? ¿A que me meta en una fosa? Sorprendí su conversación con sus amigos. Ustedes creían que yo estaba dormida. Me iban a matar. Y por eso estaban sorteando entre ustedes quién sería el que me estrangularía. Yo aproveché aquella circunstancia para echar a correr. Pude llegar hasta los caballos y escapé.

—Nena, eso lo soñaste.

—No lo soñé.

—Muñeca, nosotros no podemos hacer eso con una chica tan mona como tú. Te llevábamos al rancho del mayor Sterling.

—No me iban a llevar al rancho. Me querían matar.

—Vas a ser una buena chica y vendrás con nosotros.

—¡No voy a ir!

—¿Quieres que te llevemos a la fuerza?

—¡No me toquen!

Dick se volvió hacia sus dos compañeros.

—¡Jack…! ¡Spencer! Cogerla y, si se resiste, atarla. La llevaremos mejor como un paquete.

La joven retrocedió.

—¡No me toquen! ¡No quiero que me pongan sus sucias manos encima!

—Tranquila, nena, tranquila —dijo el pelirrojo—. Jack y Spencer están locos por ti y te tratarán con mucho cuidado.

—Escúcheme, señor Fonda —contestó la joven—. Quiero ir al rancho del mayor Sterling, pero iré sola.

—Eso no fue lo que nos ordenó el mayor. Él nos dijo que te llevásemos con él. Y nosotros tenemos que obedecer sus órdenes.

—¡No iré con ustedes! ¡No iré!

El pelirrojo hizo una señal a Jack y a Spencer, y éstos se pusieron en marcha hacia la joven.

La voz de Kirk sonó muy ronca:

—Déjenla.

Los dos hombres que caminaban hacia la joven se detuvieron.

El pelirrojo Fonda enarcó las cejas. Desvió los ojos hacia el lugar de donde había venido la voz y los fijó en Kirk Russel.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Que la dejen.

—Será mejor que no intervenga.

Marvin habló con una sonrisa.

—Es forastero, señor Fonda, y bebió unas copas.

—Pues si le sienta mal el *whisky*, no debió beberlo.

—Ahora mismo me lo llevo a mi casa para que duerma la mona —siguió sonriendo Marvin.

Kirk Russel dijo:

—Oiga, Fonda, ustedes no se van a llevar a la chica. Ustedes se van a estar quietos. Ustedes no le van a poner la mano encima. Ustedes se van a ir a la calle.

Jack y Spencer miraron a Fonda, y éste les hizo una señal con la cabeza. Jack y Spencer echaron a andar hacia él.

Marvin estaba helado.

—Kirk, pídeles perdón. Por favor, pídeles perdón. Diles que no querías meterte en su asunto. Que no te diste cuenta.

—Apártate, Marvin —dijo Russel.

—Todavía estás a tiempo, muchacho. Te van a llenar de plomo. Dick Fonda es muy rápido. Lo sé y, aunque no conozco a los otros dos, tampoco deben ser mancos.

La joven estaba perpleja, junto a una mesa.

El pelirrojo dijo:

—¡Duro con el entrometido!

Él y sus dos compañeros tiraron del revólver.

CAPÍTULO III

Marvin se arrojó de cabeza por encima del mostrador. Fue un buen salto.

La muchacha rubia se cubrió los ojos con las manos.

El barman se dejó caer al suelo, detrás del mostrador.

Se produjo un terrible estruendo.

Marvin vio cómo dos balas agujereaban el tablero del mostrador tras el que se encontraba, y una le rozó la paletilla.

Luego se produjo un silencio.

—Pobre muchacho —rezongó Marvin hacia Douglas—. Me había resultado simpático.

Entonces oyeron una voz:

—Ya pueden mirar.

Marvin se quedó asombrado.

El que acababa de hablar era Kirk Russel. Se levantó de un salto y vio a Kirk con el humeante revólver en la mano.

La muchacha rubia se apartó las manos de los ojos y se quedó tan asombrada como Marvin al ver el resultado de aquel duelo.

El pelirrojo Fonda y sus dos amigos yacían junto a la pared en medio de un charco de sangre. Los tres estaban boca arriba, con agujeros en el pecho y en la cabeza.

—¡Que me emplumen! —exclamó Marvin.

La muchacha rubia se dirigió a Kirk.

—¿Cómo se llama?

—Kirk Russel.

—Lo que usted ha hecho es sensacional.

—No tuvo importancia.

—¿Que no la tuvo?

—Me limité a defender mi vida.

—Pero salvó la mía. Oiga, le voy a contar lo que pasa.

—¡No, no me lo cuente!

—¿Por qué no?

—Porque no quiero saberlo.

—¿No quiere saber por qué me perseguían e intentaban matarme esos hombres?

—Oye, chica. No me gustan los líos. Me meto en algunos. Pero no me gustan.

Un hombre entró con un rifle en la mano. Era Peter Lemont, el marshall local, de cincuenta años.

Se detuvo al ver los tres cadáveres en el suelo.

—¡Dios mío! ¡Ése es Dick Fonda!

Alzó los ojos.

—¿Dónde están los otros, Marvin?

—¿Qué otros, marshall?

—¿Quiénes van a ser? ¡Los que mataron a éstos!

—Sólo fue uno. El forastero.

El marshall desvió los ojos hacia el hombre que le estaba señalando Marvin.

—¿Quién es usted?

—Ya lo dijo Marvin. El forastero.

—Chistes no, por favor. Nunca me hacen gracia después de una matanza. Le pregunté por su nombre.

—Kirk Russel.

—Russel, ya que ajustó cuentas con esta gente, tendrá que venir conmigo.

—¿Adónde?

—A una celda.

—¿Para qué?

—Para entregarlo al mayor Sterling.

La joven gritó:

—¡Marshall, estos tres hombres querían llevarme con ellos a la fuerza! ¡Iban a matarme! Este hombre me defendió. Fue un duelo completamente legal.

Marvin sacudió la cabeza.

—Sí, marshall, fue un duelo legal.

Y Russel remachó:

—Si tiene alguna duda, mire las heridas. Todas las balas las

disparé de frente.

El marshall Lemont hizo una mueca.

—Russel, en cuanto al mayor se entere de que en mi pueblo fueron muertos tres de sus empleados, me va a crear problemas —dio un suspiro—. De acuerdo, los mató en un duelo legal.

—Gracias.

—Pero hágame un favor. Lárguese.

—Estoy cansado, marshall. Llevo muy poco tiempo en su pueblo y, durante ese rato, tuve una pelea con Marvin y ahora un duelo.

—¿Peleó con Marvin y él no le rompió ningún hueso?

Marvin se señaló el ojo negro.

—Fue él quien me atizó a mí, marshall.

El representante de la ley frunció el ceño.

—Russel, ya veo que puede ir por el mundo solo. Sabe valerse de los puños y del revólver. Y eso lo hace doblemente peligroso.

—Pasaré la noche en Yucca. Y me marcharé mañana.

—Oiga, muchacho, si usted pasa esta noche en Yucca desaprovechará muchas horas. Saliendo del pueblo ahora, puede sacarles una gran ventaja a los hombres del mayor Sterling. Palabra que le doy el mejor consejo.

—Gracias, marshall. Pero no me gusta cabalgar cuando estoy muerto de sueño. Douglas, ¿dónde hay un hotel?

—Un poco más abajo. El Victoria.

—¿Qué le debo por la bebida?

Marvin sacó una moneda de a dólar.

—Yo te invito, Kirk.

—Gracias.

—Te dije antes que podías venir a mi casa. Pero ahora… —Marvin se interrumpió.

—Pero ahora no puedes invitarme porque pondría en peligro tu vida. Serías acusado por la gente del mayor Sterling de haber dado refugio a un hombre que le ha matado a tres empleados.

—Lo siento, Kirk. De verdad que lo siento.

—No te preocupes, Marvin.

La rubia se puso delante de Kirk.

—Señor Russel, es usted muy dueño de sus actos, y comprendo que no quiera saber nada de mí.

—Le deseo suerte.

—No la voy a tener.

—Ahí tiene al marshall. Él puede echarle una mano. Es su obligación.

—¿El marshall? ¿Es que no lo oyó? Quiso detenerlo a usted para entregarlo al mayor Sterling.

Peter Lemont intervino:

—Muchacha, ¿quién eres tú?

—Dorothy Sterling.

—¿Cómo has dicho?

—Dorothy Sterling.

—Entiendo. Casualmente, te llamas como el mayor.

—No es casualidad. Yo soy la hija del mayor.

Se produjo un gran silencio en el local.

Fue interrumpido por una carcajada del marshall Lemont. La joven gritó:

—¿Qué es lo que le hace gracia, marshall?

—El mayor Sterling nunca tuvo una hija.

Marvin caminó hacia Dorothy y la cogió de un brazo.

—¿Cómo te has atrevido a decir eso, muchacha? Entiendo por qué esos tres hombres querían matarte. El mayor se casó hace muchos años, pero no tuvo hijos. Yo conocí a su mujer. Se llamaba Pamela. Ella murió sin darle descendencia al mayor. Y hace tan sólo un año, el mayor Sterling se volvió a casar. No he visto a su segunda mujer, pero dicen que es la más hermosa del territorio de Nuevo México.

El marshall dijo:

—Estás loca, muchacha. Completamente loca. El mayor no consiente ser chantajeado por nadie. Es un hombre muy duro. Siempre lo ha sido. Le di un consejo al forastero y ahora te doy otro a ti. Deja de decir eso, que eres la hija del mayor, y vuelve al sitio de dónde has salido.

—No volveré a Kansas City.

—Por mí, te puedes ir a San Francisco. Está también bastante lejos.

—Iré al rancho de Las Tres Cruces.

—El rancho de Las Tres Cruces es el del mayor Sterling.

—Pues ése es mi destino.

—Ten sentido común, muchacha. No vas a adelantar nada.

Anda, Marvin, dile cuántas chicas intentaron hacerse pasar por hijas del mayor Sterling.

—Que yo sepa dos.

—Fueron tres —le corrigió el marshall Lemont—. Pero ninguna consiguió nada.

—¿El mayor mató a las tres? —preguntó Dorothy con sarcasmo.

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué trataron de matarme a mí?

—Eso es lo que tú dices, muchacha. Estoy seguro de que Dick Fonda y sus dos compañeros sólo querían asustarte para que te largases.

—No, señor, se equivoca. Hablaban muy en serio. Los sorprendí de noche, echando suertes con pajitas para ver quién de los tres me iba a estrangular. Los oí bien.

—Quizá Dick sabía que tú los oías y que echarías a correr.

—Fue lo que hice. Echar a correr. Pero si querían que huyesen, ¿por qué no me dejaron en paz?

—Sencillamente, porque se dieron cuenta de que eras muy testaruda. Estás empeñada, en ir al rancho del mayor Sterling y decirle: «Papaíto, aquí está tu hija».

—Aunque se burle, soy su hija.

—¿Y quién fue tu madre? ¿Pamela?

—No, no fue Pamela. Fue Ingrid la Sueca.

—Te he dicho que el mayor sólo se casó dos veces. La primera fue Pamela. Y su actual mujer se llama Jane.

—Mi madre nunca se casó con el mayor.

—¿Ah, no?

—Ella era una camarera.

El marshall se echó a reír, y la joven exclamó con ira:

—¿Lo encuentra gracioso?

—Las tres chicas que vinieron con anterioridad contaron una historia parecida a la tuya. Las tres chicas tuvieron una madre que fue camarera, lavandera o algo así. Y ahora te presentas tú diciendo que también tu madre fue una camarera y que tu padre es el mayor Sterling.

—Pero yo tengo una prueba.

—¿Qué prueba?

—Un anillo que el mayor Sterling regaló a mi madre.

—¿Y con ese anillo quieres probar que eres la hija del mayor?

—En el anillo hay una fecha: 4 de octubre de 1860.

—¿Y qué?

—El 4 de octubre de 1860 el mayor Sterling estaba en Kansas City.

—Supongamos que estuviese.

—Él estuvo allí una semana con mi madre. Por eso le regaló el anillo. Luego el mayor se volvió a Nuevo México… Y yo nací nueve meses más tarde.

—Todo eso no sirve para nada. Tu madre era camarera del hotel y pudo tener relaciones con…

—Dígalo.

—Con otros hombres.

—Mi madre era honesta. Me tuvo a mí, y nunca se casó.

—¿Intentó alguna vez que el mayor Sterling te reconociese como hija?

—Sí, le escribió media docena de cartas durante dos años, después de nacer yo.

—¿Y qué le contestó el mayor?

—Nada. El mayor nunca le escribió.

—Ahí lo tienes, muchacha. Eso significa que el mayor estaba convencido de que tú no eras su hija.

—El mayor ya estaba casado con Pamela, la mujer que se le murió. Quizá ésa fue la razón por la que no quiso reconocer a la hija que había tenido con una camarera.

—¿Y por qué se te ocurrió venir ahora a Nuevo México?

—Le escribí una carta al mayor. Me costó mucho hacerlo, pero al fin me decidí. Le conté que mi madre falleció hace dos años. Y nunca había sabido la verdad. Mi madre me había dicho que mi padre había muerto. Pero, en su lecho de muerte, ella me dijo quién era realmente mi padre. El mayor Sterling. Odié a ese hombre con todas mis fuerzas por haberse comportado así con mi madre. Pero hace unas semanas le escribí.

—¿Y qué pasó?

—Me contestó.

—¿El mayor te contestó?

—Sí.

—¿Y qué decía en la carta?

—Que fuese a su lado. Yo debía ir hasta Saratoga Spring, y allí me esperarían tres hombres que me acompañarían hasta el rancho Las Tres Cruces.

—¿Tienes ahí la carta?

—Sí.

—¿Puedo verla?

—Claro.

Dorothy se sacó del escote una carta doblada, que entregó al marshall.

Este extrajo el papel que leyó en voz alta:

«Querida hija.

»Ven a mi lado. Debes estar el día 4 en Saratoga Spring. Alójate en el hotel Mariola. Envío a tres hombres para que te acompañen desde Saratoga Spring, ya que es peligroso que hagas el viaje sola. Esperando abrazarte muy pronto.

Tu padre».

—Y ahí está la firma del mayor Sterling —dijo Dorothy.

El marshall dio un suspiro.

—Señorita Sterling, conozco bien la letra del mayor. Y le puedo jurar sobre la Biblia que esta carta no ha sido escrita por él.

Capítulo IV

—¿Qué es lo que ha dicho, marshall? —gritó Dorothy.

—Que esta carta es falsa.

—¡No puede ser!

—Tan falsa como Judas.

Los ojos de Dorothy brillaron de furia.

—¡Usted es el falso, marshall! Usted me quiere quitar de la cabeza que vaya al rancho Las Tres Cruces. Y por eso dice que mi carta no fue escrita por el mayor.

—Conque no me cree, ¿eh?

—No.

—Douglas, tú vendes el *whisky* al mayor.

—Sí, marshall, le he vendido y le sigo vendiendo todos los meses una partida.

—Y te paga con un cheque. Conoces la letra del mayor.

—Desde luego.

—Examina la carta y dile a la chica si es la letra del señor Sterling.

El marshall pasó la carta a Douglas y éste la examinó atentamente.

—Lo siento, chica —dijo el barman—, pero te han engañado como a una china. Este papel no fue nunca escrito por el mayor Sterling.

—¡Ustedes están de acuerdo! —exclamó la joven—. Son ustedes quienes me quieren engañar ahora. Todos son empleados del mayor Sterling. Me voy a alojar en el hotel Victoria. Y mañana iré al rancho del mayor Sterling. No necesito a ninguno de ustedes, ¿lo oyen? ¡A ninguno! ¡Yo sabré arreglármelas sola!

Dorothy arrebató la carta de manos de Douglas y salió a la calle.

El marshall sacudió la cabeza.

—Esta chica trajo otro cuento. Pero le servirá tanto como a las otras.

—¿Quién es el mayor Sterling? —preguntó Kirk Russel.

El marshall lo miró con asombro.

—¿No sabe quién es el mayor Sterling?

—Es la primera vez que paso por aquí.

—Tiene el más extenso rancho de todo el territorio. Es el único que ha podido criar reses en esta parte del país. Ha trabajado duro para lograr un imperio. ¿Se da cuenta? Por eso le aparecen las hijas como moscas. Hasta ahora no ha tenido hijos de sus dos matrimonios y, si una chica fuese reconocida por él como hija, la niñita sería la dueña de la mitad del rancho. Vale la pena que una muchacha de esas que no tienen padre ni madre corra el riesgo.

—Una pregunta, marshall.

—¿Qué quiere saber?

—¿Por qué el mayor Sterling tiene pistoleros a sus órdenes?

—Contéstale tú, Douglas.

—Hay mucha gentuza por aquí. De vez en cuando, llegan de México pandillas de forajidos y tratan de robar el ganado del mayor Sterling. Por eso ha de tener buena gente con el revólver. Si no fuese así, el mayor estaría pidiendo limosna.

Kirk bostezó.

—Gracias por los informes. Me voy a dormir.

El marshall dijo:

—¿Insiste en quedarse en Yucca, a pesar de lo que le hemos dicho del mayor Sterling?

—Yo no vine a robar el ganado del mayor Sterling.

—No, pero hizo algo peor. Mató a tres de sus empleados.

—A tres asesinos.

—¿Cree que es verdad la historia de la chica?

—No sé si es verdad o mentira, pero lo cierto es que querían llevársela por la fuerza. ¿Por qué si la carta era falsa? ¿Por qué fueron los tres hombres a Saratoga Spring si la carta no fue escrita por el mayor Sterling?

El marshall no contestó.

Kirk pasó por su lado hacia la calle. Se volvió y miró al representante de la ley con una sonrisa.

—Si tiene una respuesta a las preguntas que le he hecho, pásese por el hotel y dígamelas.

Kirk Russel fue al hotel Victoria.

En el registro había un hombre que estaba gritando a Dorothy Sterling:

—¡No tengo habitaciones!

—Pero usted dijo que tenía una.

—Me equivoqué.

—Se ha equivocado cuando ha visto que me he inscrito con el nombre de Dorothy Sterling.

—Oiga, señorita.

—¡Señorita Sterling!

—Como quiera, señorita Sterling. Tenemos reservado el derecho de admisión y, por tanto, no la quiero a usted en mi hotel.

Kirk se acercó mientras preguntaba:

—¿Tienen habitación?

—Oh, sí, para usted sí. —El tipo sonrió. Era gordito, con mofletes y bigote recortado.

—¿No le da vergüenza, barrilito?

—¿Cómo ha dicho?

—Que le debería caer la cara de vergüenza por denegarle la habitación a la señorita…

—Oiga, caballero, no está bien eso que dice.

—¿Por qué no, barrilito?

—No me llamo barrilito. Me llamo Leslie Allen.

—Continúe, ¿por qué no está bien?

—Yo soy el dueño de mi negocio y hago lo que quiero en él.

—Tendría razón si tuviese otra clase de negocio, barrilito. Pero usted regenta un hotel, y se supone que debe dar habitación a toda persona honrada que llega a su establecimiento y que está dispuesta a pagar.

—Oiga, yo no conozco a ninguna Sterling. Quiero decir que sólo conozco al mayor Sterling. Y una vez llegó una chica que se inscribió con el nombre de Rita Sterling. ¿Y sabe lo que me hicieron? Tres hombres del mayor Sterling vinieron aquí y me destrozaron el vestíbulo. Sí, señor, me despanzurraron el sofá y los sillones, lanzando la lana al aire, y me pintaron las paredes con alquitrán. En total, me ocasionaron daños por más de cien dólares.

¡Y tuve que ser yo quien reparase los estropicios!

—Está bien, señor Allen. Borre el nombre de ella en el registro. Yo pondré el mío y ella dormirá en mi habitación.

Dorothy se volvió bruscamente.

—¿Quiere decir que usted va a pasar la noche conmigo?

—Usted es la que va a pasar la noche conmigo, puesto que seré el titular de la habitación.

—No me gusta su chiste.

—Sólo trato de ayudarla, Dorothy.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Ayudarme, ¿eh? ¿Y qué pasará a media noche?

—No creo que pase nada. Tengo el sueño muy pesado.

—¿Se levantará sonámbulo y vendrá al sitio donde yo estoy durmiendo?

—Si ocurre eso, pégueme una bofetada y despiérteme.

—No sé si debo correr el riesgo.

—Haga lo que quiera. Pero ya ha oído al señor Allen. Tiene sus razones para que usted no se inscriba en el registro.

Leslie Allen arrancó la hoja del registro en que se había inscrito Dorothy.

Kirk cogió la pluma y escribió su nombre.

—¿Cuánto le tengo que pagar, barrilito?

—Un dólar si se queda usted solo. Dos dólares si se queda también ella.

Kirk miró a la joven.

—¿Cuánto debo pagar, Dorothy?

—Pague dos dólares.

Kirk entregó las dos monedas y recibió una llave a cambio.

—Vamos, Dorothy.

Los dos jóvenes fueron a subir la escalera y Leslie Allen dijo:

—Señor Russel, ¿puedo pedirle un favor? No me llame barrilito, Prefiero que me llame como me llaman en Yucca.

—¿Y cómo le llaman?

—Leslie el Gordo.

—De acuerdo, Leslie el Gordo.

—Gracias, señor Russel.

Los dos jóvenes subieron la escalera, y Kirk abrió la puerta de la habitación número 7.

Los dos entraron.

—Espere un momento, no vaya a ser que tropiece.

Kirk prendió un fósforo y encendió un quinqué.

—Oh, no —gritó Dorothy.

—¿Qué es lo que ha visto? ¿Un ratón?

—He visto una cama.

—¿Y qué quería que hubiese en mi dormitorio?

—¡Una sola cama! ¿Es que no la ve?

—Sí, una cama, pero es bastante grande.

—Señor Russel, no esperará que usted y yo…

—No sea mal pensada.

—Me gustaría saber quién de los dos es el que piensa mal.

—Dorothy, si no hubiese sido por mí, tendría que haber dormido al relente. Y por estas tierras hace un frío espantoso.

Dorothy atrapó la almohada y una colcha. Cogió las dos sillas de la habitación y las unió. También acercó un sillón en donde puso la almohada.

—Ya está, señor Russel.

—¿Su cama?

—La suya. Usted es un caballero y debe cederme la cama.

—Dorothy, tengo los huesos molidos de tanto cabalgar. ¿Y ahora quiere que me acueste en dos sillas y un sillón?

—Yo también he cabalgado mucho. Estuve huyendo de esos hombres y también tengo los huesos molidos. Se supone que es un hombre que puede dormir en cualquier parte. Apuesto a que lo ha hecho en la dura tierra muchas veces.

—Sí, he dormido en la tierra, cuando no tenía otro sitio donde hacerlo. Pero ahora tengo una cama. ¡Y pagué por ella dos dólares! Oiga, Dorothy, ¿por qué no es más comprensiva?

—¿Cómo cuánto de comprensiva?

—Trazaremos una frontera. —Kirk señaló el lecho.

—¡Ni hablar!

—Pondré las sillas en la cama.

—Usted estará a una parte y yo en la otra.

—Eso mismo.

—¡Pero, en un momento determinado, desaparecerán las sillas!

—Dorothy, que no puedo más. Estoy cansado. Sólo quiero que me deje en paz.

—Aceptaré la frontera si se deja atar.

—¿Y qué es lo que me atará?

—Los brazos a los barrotes.

—Voy a dormir un poco incómodo.

—Pero yo estaré segura.

—Dorothy, ¿cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—Es una chiquilla.

—No soy ninguna chiquilla. Pero eso no se lo voy a demostrar de ninguna forma.

—¡Está bien, infiernos! ¡Áteme!

Kirk se tendió en el lado de la cama más cercana a la pared.

Dorothy sacó un pañuelo.

—Levante los brazos, señor Russel.

Kirk levantó los brazos, y Dorothy comprendió que con el pañuelo no podría asegurar nada.

—¿No puede atarme?

—Claro que puedo.

Dorothy cogió una sábana, trabó los brazos de Kirk y luego ató el otro extremo de la sábana y le dio la espalda.

—Mujeres —dijo Kirk, despectivamente.

Dorothy puso las dos sillas, una junto a la espalda de Kirk, y la otra al lado de sus piernas. Finalmente, ella se tendió en el lecho.

Había pasado un rato y Kirk no decía nada.

—Señor Russel.

Le contestó un ronquido.

—¡Santo cielo, pero si ya está durmiendo!

En aquel momento se abrió la puerta y entraron dos hombres.

Dorothy pegó un chillido.

Kirk despertó diciendo:

—¿Ya estoy sonámbulo?

—Vea la puerta, señor Russel.

Kirk quiso incorporarse, pero no pudo porque tenía atadas las manos a los barrotes.

Uno de los recién llegados dijo:

—El pajarito no puede echar a volar.

—Es una suerte para nosotros porque así lo freiremos sin que corramos ningún peligro.

Capítulo V

Dorothy gritó:

—¿Freír? ¿Quién habla de freír?

—Nosotros, nena. Los cocineros.

Kirk rezongó:

—Buena la has hecho, muchacha. ¿Por qué infiernos tuviste que atarme las manos?

Dorothy trató de ganar tiempo. Se levantó de la cama.

—Eh, ustedes, no pueden entrar aquí. Está reservado el derecho de admisión. Lo dijo el barrilito.

—¿El barrilito? —repuso uno de los dos tipos, que tenía en la mejilla una cicatriz.

—Quiero decir Leslie el Gordo.

—Leslie tiene reservado el derecho de admisión, y también tiene reservada una consulta urgente con el doctor.

—¿Con el doctor? ¿Qué le hicieron?

—Díselo tú, Pat.

—Perdió parte de la dentadura.

—Eso se lo hice yo. Dile lo que le hiciste tú.

—Le dejé colgando una oreja. Creo que fue la derecha.

—¡Son un par de bestias! —exclamó Dorothy—. ¿Por qué le hicieron eso? ¿Por qué están aquí? ¿Por qué entraron con una ganzúa?

—Demasiadas preguntas —dijo el llamado Pat.

—Conteste a todas las que pueda.

—En primer lugar, somos empleados del mayor Sterling. Vinimos a Yucca por casualidad y nos dijeron que tres compañeros nuestros estaban en la funeraria. Fuimos a hacerles una visita, y los vimos a los tres en una caja de pino. Entonces preguntamos quién

fue el matarife.

—¿A quién le preguntaron?

—Al marshall. Al principio no quería decírnoslo, pero cuando le amenazamos con hacerle tragar la chapa, soltó el carrete. Y así pudimos saber que un forastero llamado Kirk Russel, y que se hospedaba en el hotel Victoria, había sido el asesino de nuestros amigos.

—El señor Russel no es un asesino. Mató a sus tres amigos frente a frente.

Kirk estaba haciendo esfuerzos por soltarse, pero los dos hombres le vigilaban y Pat dijo:

—Eh, chico, ¿quieres estarte quieto de una vez?

Dorothy se puso delante de los hombres, los brazos en jarras.

—¿No saben quién soy?

—Nos lo dijo también el marshall. Te quieres hacer pasar por la hija del mayor.

—No me quiero hacer pasar por la hija del mayor. ¡Soy la hija del mayor!

—Cuéntaselo a tu tía.

—No tengo ninguna tía… Pero tengo dinero.

—¿Cuánto?

—Veinticinco dólares.

—¿Has oído, Pat? La niñita tiene veinticinco pavos.

—Les daré el dinero y se marcharán.

—Está bien, chica. Danos los veinticinco pavos.

—Vuélvanse de espaldas.

—¿Por qué?

—Tengo el dinero en cierta parte de mi cuerpo, y no quiero que me vean lo que no deben ver.

—Está bien, muchacha.

Los dos hombres, después de echar una ojeada a Kirk y comprobar que seguía atado a los barrotes de la cama, se volvieron.

Dorothy dirigió también una mirada a Russel, pero era de angustia. Él le hizo una señal. Quería decirle que se demorase un poco.

Se puso a forcejear con la sábana y logró sacar un brazo. Luego le fue fácil sacar el otro.

Se puso en pie con lentitud.

—Ya pueden mirar —dijo Dorothy.

Los dos hombres se volvieron y quedaron atónitos al ver a Kirk de pie.

Pat soltó una imprecación.

—¡El pájaro se escapó de la jaula!

—¡No le va a servir de nada!

Los dos «sacaron» como rayos.

Kirk tiró del revólver y se puso a gatillear.

Dorothy lanzó un largo alarido.

El de la cicatriz fue atrapado por dos balas e impulsado hacia la ventana, destrozó ésta porque poseía unas espaldas muy robustas, y se derrumbó en el vacío.

Su compañero Pat fue alcanzado en las narices y su cabeza pareció reventar como si en el interior le hubiesen puesto un cohete.

Dorothy se volvió de espaldas para no mirar al muerto que había quedado en la habitación.

Kirk sopló el cañón del revólver.

—Chica, no había disparado tanto en un mes. Y ahora bastó que te conociese a ti para que haya tenido que enviar al infierno a cinco hombres. Eres un regalo.

Dorothy lo miró a la cara.

—Soy una desgraciada y atraigo la desgracia.

—No digas eso.

—¿Y qué quieres que diga, Kirk? Me encuentro sola en el mundo.

—Eso parece la letra de una canción.

—No es la letra de una canción. Es la realidad. Busqué empleo en Kansas City y me echaron de tres sitios. ¿Por qué? Porque los dueños tenían las manos muy largas.

—Hay mucho tipo indecente por el mundo.

—Pero tú eres decente.

—¿Estás segura de que lo soy?

—Claro.

—Entonces, ¿por qué pusiste las dos sillas y me ataste las manos a la cama?

—Es que hasta los hombres decentes pueden tener un mal pensamiento.

—Eso es verdad.

Kirk rellenó el cilindro de plomo.

—Bien, Dorothy, está visto que alojarse contigo es un mal asunto. Salgamos de aquí. No me gusta dormir con muertos.

—Lo mismo me pasa a mí.

Abandonaron la habitación.

Al bajar la escalera vieron en el vestíbulo al marshall. Pero el registro estaba vacío.

—¿Está vivo, Russel? —rezongó el representante de la ley.

—No soy un fantasma, que yo sepa, marshall.

—Vi el cadáver de Pat en la calle, pero pensé que el otro le había servido la ración.

—Fui yo quien se la serví a él.

—Lo siento, señor Russel, pero no tuve más remedio que decirles dónde se hospedaba.

—No se disculpe. Aunque nunca le darán una medalla por ser un héroe.

—Oiga, Russel, eran empleados del mayor Sterling.

—Por lo visto usted tiene una disculpa estupenda cuando está por medio el nombre del mayor Sterling. Si alguien comete un delito o una falta, usted lo encierra. ¿Pero qué hace cuando un empleado del mayor Sterling comete esa misma falta o delito?

Peter Lemont movió la cabeza.

—No, no hace falta que responda, marshall.

—¿Ha oído hablar de los caciques?

—En todas partes los hay.

—El mayor Sterling es el cacique más grande que usted haya podido conocer en su vida. Sus órdenes son leyes.

—Y usted le debe el cargo.

—Si él quisiera, me aplastaría con la misma facilidad que aplasta a una hormiga que se cruce por su camino.

Kirk golpeó con el dedo en el hombro de Dorothy.

—Vaya papaíto que te fuiste a buscar.

—Yo no lo busqué. ¿Qué culpa tengo yo si es mi padre? Pero no sé ni qué cara tiene.

—Lo sabremos muy pronto, Dorothy.

—¿Qué quieres decir?

—Que iremos a ver a tu papaíto.

—¿Tú vas a venir conmigo?

—Después de lo que me ha pasado en Yucca y lo que me ha dicho el marshall, siento unas ganas locas de conocer al mayor cacique de todo el país.

—Trato hecho, Kirk. Y gracias por ayudarme.

—Marshall, ¿no vio a Leslie Allen? Querríamos que nos diese otra habitación sin muertos.

—Me encontré a Leslie por el camino. Se iba a casa del doctor. Esos hombres le pegaron una buena paliza por haberle dado alojamiento a usted. Pero creo que no les conviene quedarse aquí.

—¿Y dónde quiere que durmamos?

—En la comisaría.

—¿Tiene camas para nosotros?

—Hay dos celdas con camastros. Las dos están vacías. Cada uno de ustedes puede dormir en una.

—¡Ni hablar, marshall! —gritó Dorothy—. Ya sé lo que usted quiere. En cuanto nos metiésemos en la celda, usted cerraría la puerta y sólo tendría que avisar a los empleados del mayor Sterling.

—¿Es ésa su idea, marshall? —rezongó Kirk.

—Le juro que no. Además, yo no le voy a pedir el revólver, Russel. Sería estúpido en mi caso pretender encerrarlo a usted con su «Colt». Ahora sé bien cómo lo maneja. Se ha cargado a cinco pistoleros profesionales. Usted dijo que no soy un héroe y es la verdad. No he nacido para eso. Pero, al mismo tiempo que les doy una cama para dormir, puedo cubrirme con el mayor. Le diré que los encerré, pero que lograron escapar. En realidad, les estoy pidiendo un favor. Que acepten mi hospitalidad porque de esa forma yo quedaré bien ante los ojos del mayor.

—No está mal pensado. Aceptamos.

Dorothy preguntó dubitativa:

—¿Estás seguro de lo que haces, Kirk?

—No te preocupes, Dorothy; Sé que el marshall va a jugar limpio.

Dorothy se encogió de hombros.

—Si tú lo dices…

Poco después el marshall, Dorothy y Kirk llegaban a la comisaría.

Las dos celdas estaban abiertas.

Kirk probó los dos camastros y le cedió a Dorothy el que parecía más blando.

—Buenas noches, Kirk.

—Buenas noches, Dorothy.

Dorothy le habló en voz baja:

—¿Crees de verdad que el marshall no nos jugará una mala pasada?

—Sólo es un hombre lleno de miedo.

El marshall estaba sentado ante la mesa.

Kirk salió de la celda de Dorothy.

—¿No duerme usted, jefe?

—Sí yo también dormiré.

—¿Dónde?

—En mi dormitorio. Está en el interior.

El marshall se puso en pie, y bostezó.

—Que descanse, Russel.

—Lo mismo le deseo, marshall.

Lemont se fue a la alcoba, por un corredor.

Kirk vio un llavero en la pared. Lo cogió y se internó por el corredor.

Al otro lado de una puerta oyó el gemido de un somier. El marshall ya se había acostado.

Calculó el tamaño del ojo de la cerradura y metió la llave que le pareció la buena. Acertó y dio la vuelta a la llave cerrando desde fuera.

El marshall gritó:

—¿Quién es?

—Yo, señor Lemont. Perdone que le haya encerrado, pero no acostumbro a correr riesgos inútiles.

Russel se dirigió a la puerta de la calle y cerró también la llave correspondiente.

Dorothy rió desde la celda.

—No había pensado en eso.

—Tengo que pensar por los dos.

Kirk se metió en su celda, dejó el llavero bajo el jergón y se tendió. Y no tardó un minuto en dormirse.

CAPÍTULO VI

Kirk Russel despertó cuando estaba amaneciendo.

Salió de su celda y miró la de al lado. Dorothy dormía como un tronco.

Abrió la alcoba del marshall y vio a Lemont en paños menores, desperezándose en el fondo de la habitación.

—No estuvo bien eso que hizo, Russel.

—Lo siento, marshall, pero usted mismo dijo que le debía el cargo al mayor Sterling. Quizá en el último momento habría sentido la necesidad de quedar bien con él. Le habría bastado asomar el hocico de su revólver por entre los barrotes de mi celda y coserme a plomazo limpio contra el colchón.

—Yo no soy un asesino.

—No, no lo será, pero se asusta cuando se trata de un asunto relacionado con el mayor Sterling.

—No tengo siquiera un ayudante. No soy nadie. Y no hay un solo ciudadano que se atreva a toserle al mayor.

—Sí, ya me di cuenta de eso. Cuando estaba en el saloon, nombraron al mayor Sterling, y fue como si hubiesen anunciado un terremoto. Todos echaron a correr. Sólo les faltó gritar: «Sálvese quien pueda».

—Así están las cosas en Yucca.

Kirk se tocó el estómago.

—Quisiera desayunar antes de emprender el viaje.

—¿Adónde quiere ir?

—A un rancho llamado Las Tres Cruces.

—¿Va a ir con Dorothy?

—Primero iré solo. Ande, dese prisa. Fríame un par de huevos con tocino. Quiero largarme antes de que despierte Dorothy.

El marshall se vistió rápidamente y los dos fueron a la cocina.

Mientras freía los huevos y el tocino, el marshall preguntó:

—¿Por qué quiere ir al rancho Las Tres Cruces?

—Para hablar con el mayor Sterling sobre su hija.

—No hace falta que haga ese viaje. Él negará ser el padre de Dorothy, lo mismo que negó ser el padre de las otras chicas que trataron de conseguir lo mismo.

—De acuerdo, es posible que el mayor niegue eso, pero quiero oírlo de sus labios.

Kirk empezó a comer los huevos fritos con tocino.

—Hay otra cuestión, Russel.

—¿Cuál, marshall? —preguntó Russel con la boca llena.

—Usted ha matado a cinco hombres al servicio del mayor Sterling. Imagino que lo silenciará si se entrevista con el mayor Sterling pero, aunque haga eso, lo sabrán. Estoy seguro de que alguien en el pueblo habrá ido al rancho para avisar al mayor de lo que ha pasado.

—¿Dónde está el rancho?

—Doce millas al norte. ¿Se da cuenta? Es probable que no tenga oportunidad de llegar al rancho porque lo atraparán en el camino. El mayor tiene muchos empleados. Medio centenar. Es lógico que usted se encuentre con algunos, y tendrán su descripción.

—Lo está pintando muy feo, jefe.

—Sólo trato de ser realista.

Kirk se levantó.

—Gracias por su desayuno, jefe.

—¿Sigue insistiendo en ir al rancho Las Tres Cruces?

—No me perdería ese diálogo con el mayor Sterling por nada del mundo.

—¿Qué le digo a Dorothy cuando despierte?

—Que me gustan las brevas frescas cogidas por la mañana, y que me he ido a por ellas.

—Ojalá le sienten bien las brevas.

—Gracias, marshall, usted está en todo.

Kirk fue por el caballo que había dejado el día anterior en un establo y salió del pueblo en dirección norte, donde se ubicaba el rancho Las Tres Cruces.

Al llegar a lo alto de la colina, vio un rebaño que era custodiado

por varios *cowboys*, pero se apartó rápidamente de allí porque no quería enfrentarse con los hombres del rancho.

Dio un rodeo y siguió su camino.

Por fin dio vista a la casa. Era enorme. También observó las empalizadas con caballos o con reses en su interior.

Había media docena de hombres junto a una de las rejas.

Un vaquero estaba desbravando un potro.

Kirk se acercó silenciosamente, pero uno de los hombres lo descubrió.

—Eh, usted, ¿qué hace aquí?

Era un tipo alto, de cabello negro, rizado.

—Vengo a hablar con el mayor Sterling.

—Yo soy su capataz, Sean Taylor. ¿Qué quiere?

—Ya se lo he dicho. Hablar con el mayor Sterling.

—Es de los tozudos, ¿eh?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Kirk Russel.

Los ojos de Taylor se agrandaron en un gesto de asombro. Hizo chasquear los dedos hacia los hombres que estaban en la empalizada, pero no le había hecho falta la señal, porque ya tres vaqueros se habían puesto en marcha.

El capataz soltó una risita irónica.

—Conque es usted el forastero que mató a cinco de nuestros hombres.

—Corrió rápida la noticia.

—Vivimos cerca de Yucca. Es una lástima que no se haya quedado allí.

—¿Por qué?

—De un momento a otro nos íbamos a poner en camino para ir en su busca.

—Pues no hace falta que vayan a buscarme, puesto que ya estoy aquí.

—Un tipo con agallas, ¿eh?

—No vine para demostrar las agallas que tengo, capataz. Le repito que sólo vengo a hablar con el mayor Sterling.

—Baje del caballo.

Kirk descendió de la silla.

De pronto, dos vaqueros se lanzaron sobre él.

Kirk los vio llegar por el rabillo del ojo y no esperó a que le pegasen porque fue el primero en pegar.

A uno lo tumbó con un puñetazo en la cara y al otro lo lanzó por el aire, con un tremendo izquierdazo en el hígado.

Kirk miró al capataz.

—Señor Taylor, no vine aquí para pelear.

—No, no vino para pelear, pero sus trozos van a caber en un pañuelo.

—Yo no haría eso.

—Entérese, Russel. Liquidó a cinco de nuestros empleados. Y en el rancho de Las Tres Cruces no se puede consentir que un forastero viva, después de hacer una carnicería con nuestros muchachos.

—Los maté cara a cara.

—Eso a nosotros nos importa un rábano. ¡Adelante, muchachos!

Tres hombres más se lanzaron sobre Kirk, pero éste no quiso perder la iniciativa y golpeó con la misma contundencia que antes.

Otros dos vaqueros rodaron por el polvo.

El tercer vaquero logró trabar a Kirk y los dos rodaron por la tierra.

El capataz gritó:

—¡Ya es tuyo, William! ¿Qué estáis esperando los demás? ¡Ayudarle!

Pero los refuerzos llegaron tarde porque Kirk se libró de William pegándole un puñetazo entre los dos ojos.

Ya estaba cansado de pelear y quiso sacar el revólver.

De pronto oyó una voz:

—¡Basta!

Los hombres que se iban a lanzar contra Kirk se quedaron quietos.

Kirk volvió la cabeza y vio en el porche de la casa a una mujer de una gran hermosura. Tenía el cabello muy negro, el rostro bello, los ojos muy grandes, azules. Frisaba los veintisiete o veintiocho años.

—Venga aquí, forastero —dijo la atractiva joven.

Kirk dirigió una mirada al capataz y a los vaqueros. Finalmente les dio las espaldas y se acercó al porche.

La hermosa mujer lo miró atentamente.

—He escuchado parte de lo que dijo. Es Kirk Russel y mató a cinco de nuestros hombres.

—¿Hablo con la señora Sterling?

—Sí, soy Jane Sterling.

—Gracias por intervenir, señora Sterling.

—Mis hombres estaban a punto de hacerle pedazos.

—No les habría sido tan fácil. Me cansé de la pelea y ya iba a sacar el revólver. Hizo bien en detener la lucha porque habría visto un espectáculo muy fuerte para sus ojos. Demasiada sangre y demasiados sesos fuera.

—Acabo de desayunar, señor Russel.

—Lo siento. No quise revolverle el estómago.

—De acuerdo, señor Russel. Está contratado.

—¿Cómo ha dicho?

—Que consiguió lo que vino a buscar. Su empleo.

—Se equivoca, señora Sterling. No vine a emplearme con ustedes.

—¿No? ¿Y a qué vino?

—A hablar con su marido.

—¿De qué?

—Perdone, pero es un tema que no quiero tratar con usted.

Jane titubeó.

—Venga conmigo. Mi marido está desayunando en el salón.

Kirk dirigió una mirada a sus espaldas y vio al capataz Taylor, que tenía los ojos entornados.

—Hasta luego, señor Taylor. Y por favor, la próxima vez que me quiera romper los huesos, inténtelo usted mismo sin ayuda de sus hombres.

Taylor apretó los maxilares.

Kirk fue tras de Jane Sterling y ella dijo:

—Es usted muy atrevido, señor Russel. Acaba de poner en ridículo a nuestro capataz.

—Se lo merecía por bravucón.

—Es usted de los que no tienen pelos en la lengua.

—No, señora Sterling. Siempre llamo a las cosas por su nombre.

—Es un defecto para ir por el mundo.

—¿Usted cree?

—Hoy día sólo se abren camino los hipócritas y los farsantes.

—Gracias por advertírmelo. Lo tendré en cuenta.

Jane Sterling abrió una puerta.

Kirk vio a un hombre sentado ante una larga mesa, en un sillón de alto respaldo. Tendría unos cincuenta años y en sus cabellos había muchas canas. Su rostro reflejaba una gran dureza.

—Mayor —dijo Jane—, aquí tienes a Kirk Russel, el forastero que mató a cinco de tus hombres anoche, en Yucca.

El mayor ya estaba mirando a Kirk y, poco a poco, en sus ojos fue brillando la fiereza.

—¿Se ha atrevido a venir a mi rancho?

—No he tenido más remedio.

—¿Qué busca? ¿Mi compasión?

—No.

—Ande… dígame que los mató en defensa propia.

—Eso fue lo que hice.

—Señor Russel, suponiendo que usted hubiese disparado contra mis hombres para impedir que ellos lo liquidasen, no debió venir aquí, sino seguir su camino.

—Mayor, debe saber por qué maté a esos cinco hombres. Hay una razón muy importante.

—¡No me importan sus razones! ¡Salga de aquí antes de que ordene que lo cuelguen!

—Tiene que escucharme.

—¡No le voy a escuchar! ¡Tiene suerte, mucha suerte! Hoy es el aniversario de mi boda y no quiero mancharme las manos de sangre. Cualquier otro día, yo mismo lo habría colgado.

—Mayor Sterling, maté a esos hombres para defender a su hija.

Capítulo VII

El ranchero se había quedado sin habla tras escuchar las palabras de Kirk.

—¡No le consiento una burla, Russel!

—No me estoy burlando de usted.

—Ha dicho que mató a mis empleados por defender a mi hija.

—Ha oído muy bien.

—¡Yo no tengo ninguna hija!

Jane intervino:

—Señor Russel, me ha engañado miserablemente. Si hubiese sabido que ése era el tema de que iba a hablar con mi marido, jamás le hubiera permitido entrar en mi casa.

—¿Y qué tema creía que iba a tratar con su marido?

—Negocios.

—Pues acertó, porque éste es el mejor negocio que el mayor Sterling haya podido hacer nunca. Se trata de una joven que lleva su sangre y que le debe el ser.

Jane se echó a reír.

—Ha demostrado ser usted un hombre muy valiente para enfrentarse con los mayores peligros, pero me está decepcionando.

—¿Por qué la decepciono, señora Sterling?

—Por su ingenuidad. Antes de que yo me casase con Robert, aparecieron por esta comarca tres jóvenes haciéndose pasar como hijas de mi esposo. Y las tres fracasaron porque eran tres farsantes. Creí que el truco estaba muy gastado. Pero ya veo que ahora hay un cuarto intento. Otra farsante se presentó en Yucca.

—Mayor Sterling, Dorothy le escribió una carta.

—¿Dorothy?

—Sí, se llama Dorothy. Es hija de una camarera llamada Ingrid

la Sueca, que trabajaba en un hotel de Kansas City. Usted tuvo relaciones íntimas con Ingrid durante la semana que permaneció en ese hotel. Le entregó a ella un anillo con una fecha, la del 4 de abril de 1860.

El mayor Sterling entornó los ojos.

—¿Y dice usted que Dorothy me escribió?

—Sí.

—¡Yo nunca recibí esa carta!

—Le escribió diciéndole que ella era su hija.

—¡Le repito que yo nunca recibí esa carta!

—La recibí, yo, Robert —dijo la hermosa señora Sterling.

—¿Tú, Jane? ¿Por qué no me la diste?

—¿Por qué te la iba a dar? Me habías contado la historia de las tres farsantes. Y pensé que esa tal Dorothy era otra aprovechada.

—Indudablemente, lo es, Jane Pero debiste dejar que yo resolviese el asunto.

—Ya tienes bastantes quebraderos de cabeza, Robert. El doctor Overon me advirtió que tu corazón está débil.

—¿Qué hiciste, Jane?

La joven guardó silencio y Kirk dijo:

—Ande, señora Sterling, dígale a su marido qué fue lo que hizo cuando interceptó esa carta.

—Le escribí a Dorothy invitándola al rancho. Le dije que mandaría tres hombres a Saratoga Spring para recibirla y acompañarla al rancho.

Kirk carraspeó.

—Falta algo que aclarar, mayor Sterling. Su mujer simuló que escribía en su lugar. La carta estaba supuestamente firmada por usted, mayor.

—Jane ¿por qué hiciste eso?

—Por la misma razón que te acabo de decir. Por cuidar tu salud.

Robert Sterling guardó un silencio.

Kirk observó los hermosos ojos de Jane.

—Y usted dio orden a los tres hombres que envió a Saratoga Spring para que matasen a Dorothy.

Jane cerró los puños contra los muslos.

—¡Es usted un canalla!

El mayor Sterling se levantó de un salto.

—¡Russel, un insulto más a mi esposa y lo mato!

—No lo intente, mayor. Yo lo mataría a usted antes de que tocase la culata del revólver.

Jane intervino:

—Robert, no te exaltes. Russel ha demostrado ser un buen pistolero. Pero no sabe que, cuando salga de aquí, podemos acabar con él vaya donde vaya.

—Todavía no ha contestado a mi sugerencia, señora Sterling.

—No ordené a Dick Fonda y a los otros dos hombres que fueron a Saratoga Spring, para recibir a Dorothy, que la matasen.

—¿La iban a matar por un capricho? Dorothy Sterling sorprendió a Dick y a los otros dos durante la noche. Estaban sorteando quién de ellos sería el asesino.

—Es una estupidez. Sólo le estaban metiendo miedo a Dorothy —miró a su marido—. Robert, yo sólo quería impedir que esa mujer llegase hasta aquí. Estaba convencida de que era una tramposa como las otras. Te quiero, Robert, te quiero más que a nada en el mundo.

Con los ojos llenos de lágrimas, Jane echó a correr y salió de la habitación.

Los dos hombres guardaron silencio durante un rato.

Finalmente, el ranchero dijo:

—Señor Russel, ha cometido la mayor infamia al acusar a mi mujer.

—Sólo pretendía aclarar las cosas.

—Vino en busca de una respuesta con respecto a esa chica.

—Sí.

—¿Dónde está ella?

—En Yucca.

—Muy bien. Vuelva a Yucca y dígale que no ponga los pies en mi rancho. ¡Que se largue!

—Mayor Sterling, ¿se acuerda de esa camarera?

—¡Cállese!

—¿No estaba usted en Kansas City el 4 de abril de 1860?

—¡No quiero hablar de eso!

—¿No sostuvo relaciones íntimas con esa camarera?

—¡Maldita sea, Russel! ¡Está acabando con mi paciencia!

—¿Por qué no se cerciora?

—¡No quiero cerciorarme de nada!

—Hable con Dorothy.

—¡No hablaré con Dorothy! ¡Y ya terminé de hablar con usted! ¡Fuera!

Kirk se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—Es usted tal como esperaba que fuera, mayor. Un hombre sin entrañas.

—¡Se está jugando la piel, Russel!

—Me la jugué ya con cinco de sus hombres.

—¡No crea que siempre va a ganar!

—No, mayor Sterling. Ya sé que algunas veces le toca perder a uno. Pero, si yo estuviera en su lugar, me estaría quieto porque puede matar a su propia hija.

—¡No es mi hija!

—Ya me he dado cuenta de que lo que dijo Dorothy es cierto. Usted conoció a Ingrid la Sueca. Sostuvo relaciones con ella y de esas relaciones, pudo nacer Dorothy. Pero usted se niega a admitirlo. Yo le responderé por qué, mayor. Está enamorado de su mujer, y para ella sería muy doloroso que de pronto apareciese una hija suya de dieciocho años.

Sterling guardó silencio, y Kirk aprovechó aquella oportunidad para seguir hablando:

—Ingrid, la madre de Dorothy, le escribió varias cartas durante los dos primeros años, después de nacer Dorothy. ¿Las recibió usted?

—Las recibí.

—¿Y por qué no le contestó?

—Una camarera puede sostener relaciones con muchos hombres.

—¿Eso le pareció Ingrid?

—Sólo estuve una semana con ella.

—Tuvo bastante tiempo para conocerla.

—No me haga reír, Russel. A una mujer no se la conoce a veces ni en años.

—Sí, eso es cierto, mayor. Pero a otras se las conoce enseguida —dijo Russel mirando el hueco por donde había salido Jane.

—¿Qué quiere insinuar, Russel?

—Su mujer se tomó muchas molestias para evitarle a usted un mal rato.

—Ya lo oyó, el doctor le dijo que mi corazón estaba débil.
—¿Qué doctor?
—El doctor John Overon.
—¿Vive en Yucca?
—Sí, en Yucca.
—¿Le dio a usted ese dictamen el doctor Overon?
—No.
—Así que, su mujer fue quien conoció su dolencia, y usted se acaba de enterar ahora.
—Sí.
—No me gusta nada esto, mayor. Absolutamente nada. ¿Por qué no investiga?
Robert Sterling pegó un puñetazo en la mesa.
—¡Es usted el hombre más entrometido que he conocido en mi vida! ¡Y también el más irresponsable! ¡Se ha metido en mi casa después de haber matado a cinco de mis empleados! ¡Me está hablando de una hija inexistente! ¡Y además está calumniando a mi esposa!
—No, no la he calumniado, señor Sterling. Jane admitió haber recibido la carta de Dorothy. Y ella fue quien envió a los tres hombres a Saratoga Spring.
—¡Sólo trataba de meter miedo a esa chica!
—Yo me hago una pregunta, mayor Sterling. ¿Por qué hizo eso su mujer? ¿Por qué le escribió a Dorothy invitándola a que viniese al rancho? Si Dorothy no hubiese recibido su respuesta, es posible que ella le hubiese escrito otra carta al cabo de unos meses. Y su mujer hubiera estado atenta para interceptarla. Finalmente, Dorothy se habría dado por vencida, como se dio por vencida su madre. O sea, que habría dejado de escribir. Piense en eso, mayor.
—¡No pensaré más en esa chica ni en usted, Russel! ¡Váyanse los dos! ¡Váyanse de Yucca!
—Nos iremos mañana, mayor. Tiene tiempo para pensarlo. Si quiere ver a Dorothy, ya sabe dónde encontrarla. Pero sólo dispone de un día. Luego, allá usted con su conciencia.
Kirk salió pegando un fuerte portazo.

CAPÍTULO VIII

Jane Sterling estaba en el vestíbulo apoyada en una columna.

Kirie caminó hacia ella. Pasó por su lado sin decir nada y siguió andando hacia la puerta.

—Señor Russel.

Kirk se detuvo y volvió la cabeza.

Jane seguía apoyada en la columna.

—Es usted un tonto.

—¿Por luchar en el bando que va a ser derrotado? —Sí.

Kirk retrocedió hasta el lugar donde se encontraba la joven.

—Usted jugó bien sus naipes, señora Sterling.

Ella sonrió triunfalmente.

—Me he acostumbrado a ganar.

—Pero alguna vez perderá.

—Hasta ahora no perdí nunca.

—¿Cuántas veces estuvo casada, señora Sterling?

—Es mi primer matrimonio.

—Dice su primer matrimonio como si fuese a haber otro.

—Cuidado con lo que dice, señor Russel.

Kirk la miró fijamente a los ojos.

—Creo que ya le entiendo, señora Sterling.

—¿Ah, sí?

—Usted es una ambiciosa.

—¿Ésa es una falta?

—Según los medios de que se valga una persona para conseguir sus fines, puede hasta convertirse en… en una asesina.

—Se refiere a esa historia que le ha contado su protegida. Los hombres que le envíe a Dorothy tenían que matarla.

—Usted y yo sabemos que eso es verdad.

Jane le fue a soltar una bofetada, pero Kirk se lo impidió sujetándola por la muñeca.

—Cuidado, señora Sterling, puede caer y aplastarse su bonita nariz.

Ella respiró jadeante.

—No me requiebre.

—No la estaba requebrando, señora Sterling.

—Me ha insultado delante de mi esposo. No sé cómo se contuvo.

—Yo fui quien lo contuve porque también tenía ganas de sacar el revólver.

—¿Qué acordaron?

—Le dije antes que usted iba a ganar. Dorothy permanecerá un día más en Yucca.

—¿Y luego?

—Luego se marchará.

—¿Y qué hará usted?

—La acompañaré durante un par de días para que no caiga en manos de más asesinos. Y más tarde seguiré mi camino.

—De modo que no está enamorado de ella.

—Eso no le puede importar a usted.

—Creí que usted amaba a esa farsante. Pero ya veo que me equivoqué. A usted sólo le interesó la rubita por si ella conseguía su propósito, ser reconocida como hija del mayor Sterling. Entonces se hubiese casado con Dorothy.

—Si yo hubiese hecho eso, habría sido un ambicioso como usted, ¿verdad, señora Sterling? Usted no quiere a ese hombre. Consintió en ser su esposa solamente por lo que el mayor Sterling representaba. Posee el mayor rancho de Nuevo México, una de las fortunas más grandes del país. Y lo consiguió, señora Sterling. Es usted ahora una reina.

—¿Quiere soltarme la mano? Me hace daño.

Kirk la dejó libre y Jane levantó la barbilla. Sus senos se estremecían bajo la blusa.

—Conozco bien a los hombres, señor Russel. Le he dicho que sólo me casé una vez. Lo tenía previsto. Yo me casaría con el hombre que me mereciese. No sería de cualquiera. Entérese, rechacé muchas proposiciones, las que no me convenían. Hubo varios rancheros, antes que el mayor Sterling, y hasta el dueño de

un Banco.

—No tenían bastante para usted, ¿eh?

—No, señor Russel, no tenían bastante para mí. Muchos de esos rancheros eran zafios, incultos o estúpidos. Y el banquero era una sanguijuela, un tipo con la cara llena de verrugas. Yo era la que exigía, y ellos los que llegaban con ramos de flores.

—¿A su camerino?

—¿Quién le ha dicho que fui actriz?

—Nadie, señora Sterling. Pero una mujer que rechaza tantas proposiciones buenas y aspira a cazar a un hombre que reúna mejores cualidades que esos que ha citado, tiene por fuerza que tener el gancho que posee una actriz.

—¿Tiene experiencia con respecto a nosotras?

—Conocí a una actriz. Se llamaba Bárbara Jasper.

—No tuve el gusto de conocerla.

—Era muy parecida a usted, señora Sterling. Yo sostuve relaciones con ella durante un par de meses. Pero no crea que Bárbara Jasper me consideraba como el hombre de sus sueños… La veía tratar a los ricachones y cambiaba instantáneamente. Le aseguro que, cuando se encontraba en presencia de uno de ellos, interpretaba como si estuviese en el escenario. Sólo conmigo era espontánea y natural.

—¿Se enamoró usted de ella?

—Sí.

Jane sonrió.

—Debió sufrir mucho.

—Mi sufrimiento fue corto… señora Sterling. Se debió más que nada a mi juventud. Eso pasó hace muchos años. Ella se casó con uno de los ricachones… Terminó estrangulándola cuando la sorprendió engañándole con un empleado.

Las mejillas de Jane se sonrojaron.

—¿Qué le pasa, señora Sterling? ¿La turba mi historia?

—Esa mujer de la que habla debió ser una actriz de muy baja categoría.

—Decían que era una de las mejores. Pero ella terminó por cometer un error. Y yo creo que todas las que son como Bárbara lo cometen, tarde o temprano.

Jane otra vez trató de abofetearlo, pero Kirk también se lo

impidió.

—Maldito, ¿supone que estoy engañando a mi marido con otro?

—¿Quién dice eso, señora Sterling? Estaba hablando de otra mujer.

—Pero dijo que todas cometemos errores.

—Los errores pueden ser de distinta clase. Yo ignoro si usted le es fiel a su marido.

—¡Canalla!

—Por el bien del mayor Sterling, deseo que usted no sea como mi amiga, la estrangulada. Pero también cometió su error.

—¿Cuál?

—El de no permitir que un padre recupere a su hija.

Hubo un silencio entre los dos. Se miraron desafiantes.

—Dorothy no es su hija.

—Ahora está interpretando muy mal su papel, señora Sterling. Está segura de que Dorothy es la hija del mayor, o al menos tiene la duda. Por eso hizo lo posible para que Dorothy no llegase a ver al mayor. No podía correr ese peligro. Usted lleva casada con el mayor Sterling un año, y estoy seguro de que no tiene la menor esperanza, por ahora, de darle un hijo… Una hija imprevista echaría por tierra todos sus planes. Si usted no tiene descendencia, Dorothy pasaría a ser la heredera del Tres Cruces, si el mayor la reconociese como su hija… Cuando el mayor se fuese al otro mundo, usted se encontraría aquí de prestado No, usted no sería la dueña. Usted se consideraría a sí misma como una huésped, aunque esa hija le tomase cariño o ella la considerase como su madre, o su mejor amiga. Aunque Dorothy le concediese todo lo que usted le pidiese en cuanto a lujos y dinero, usted la odiaría porque consideraría todo eso como una limosna. Yo la conozco bien, señora Sterling. Me ha bastado verla y hablar unas palabras con usted para conocerla cómo es realmente. Adiós, señora Sterling. Y mis felicitaciones.

Russel la dejó libre sin que ella se lo pidiese y caminó con paso resuelto hacia la salida.

—¡Señor Russel!

Kirk no contestó. Abrió la puerta y, cuando iba a salir, ella gritó:

—¡Deténgase!

Pero él tampoco se detuvo.

—¡Es usted un gusano, señor Russel!

Kirk cerró la puerta y dio unos pasos por el porche.

Su caballo estaba rodeado por seis hombres.

El capataz Sean Taylor estaba a la izquierda.

Kirk bajó los peldaños.

—Russel —dijo Taylor.

Kirk lo miró.

—¿Qué le pasa, capataz?

—Le he preparado una pelea.

Kirk miró a los seis hombres.

—¿Contra todos, o de uno en uno?

—De uno en uno.

—¿Cree que soy un estúpido, Taylor? Si yo venciese a uno de ellos, luego me los echaría de dos en dos. Además, la pelea sería muy larga. Sólo pelearé con usted, Taylor. Y no será tampoco aquí, sino en la ciudad. Venga a buscarme a Yucca cuando quiera. Pero procure que sea antes de veinticuatro horas, porque luego me marcharé.

—Peleará aquí, Russel.

Kirk sacó el revólver con una velocidad endiablada y apuntó a Taylor. El capataz se puso pálido.

—¿Qué va a hacer, Russel?

—Dígales a sus hombres que se alejen de mi caballo.

—Ya lo habéis oído, muchachos. Alejaos.

Los *cowboys* empezaron a moverse lentamente.

—Más aprisa —dijo Russel—. Quiero que os metáis en el cobertizo que veo a lo lejos.

Los *cowboys* movieron las piernas con rapidez.

Kirk quedó a solas con el capataz.

—Recuérdelo, Taylor. Si quiere enfrentarse conmigo, lo espero en Yucca.

Kirk, siempre con el revólver en la mano, retrocedió hasta su caballo. Montó en la silla de un salto y miró hacia el porche. Allí estaba Jane Sterling.

—Adiós, señora Sterling.

Luego espoleó su cabalgadura y ésta emprendió un trote vivo.

Estuvo vigilando a un lado y a otro, listo para usar el arma. Pero nadie disparó contra él, y así pudo salir del rancho de Las Tres Cruces.

CAPÍTULO IX

Jane Sterling entró en el salón donde se encontraba su marido.

Al verlo pensativo, le pasó un brazo por encima y lo besó en la comisura de la boca.

—Ya se fue ese bandido.

—Lo vi por la ventana. Taylor quiso darle una lección como despedida, pero ese muchacho supo zafarse de la trampa.

—Lo cual demuestra que es un tipo de cuidado.

—¿Tú crees?

—En cuanto lo vi, supe lo que era. Un aventurero. Un soldado de fortuna. Un hombre sin escrúpulos.

—No me dio a mí esa impresión.

—Mayor, estás todavía bajo la influencia de las palabras que él dijo. ¿Has visto la posibilidad de que, efectivamente, tuvieses una hija?

—Sí.

—¿No te das cuenta de que es eso lo que él pretendía con su visita? Llegar a tus sentimientos…

—No te lo expliqué nunca.

—¿Qué cosa no me explicaste?

—Mis relaciones con Ingrid.

Jane rió mientras se inclinaba sobre él y lo besaba de nuevo.

—¿Crees que soy una niña tonta, Robert?… Eres un hombre y has tenido poder y dinero. Era lógico que hubiese habido otras mujeres en tu vida, aparte de tu primera esposa. Era tan lógico que ni siquiera se me ocurrió preguntarte por tus aventuras.

—Aquello fue algo más que una aventura.

—¿Cómo?

—Estuve pensando mucho tiempo en casarme con Ingrid.

—¿Te enamoraste de ella?

—Me enamoré.

—Oh, no, Robert, estoy segura de que fue un espejismo. ¿Cómo te ibas a enamorar de una camarera?

—Era camarera porque quería ganarse la vida honradamente.

—¿Me quieres decir que era honrada y se te entregó?

—Lo hizo porque yo la engañé.

Jane guardó silencio. Poco a poco iba naciendo la furia en su pecho. Ingrid estaba muerta, pero veía en ella a una rival, a la rival más peligrosa que había podido encontrar. Porque Ingrid tenía una hija, Dorothy, que estaba en Yucca, a tan sólo doce millas del rancho Las Tres Cruces.

Sterling levantó los ojos y observó el rostro de su mujer.

—Le dije a Ingrid que me casaría con ella. Tuve que luchar mucho contra su resistencia… Ella me quería… Pero yo no podía conseguir que cediese a mis deseos. Sólo lo haría cuando estuviésemos casados.

—Eso lo saben hacer todas. Me refiero a esa clase de furcias.

—Ingrid no era una furcia.

—Entonces, ¿por qué cedió?

—¿Es que no lo has comprendido cuando oíste hablar del anillo…? Ese anillo tenía una fecha. El 4 de octubre de 1860, era el día que me tenía que casar con Ingrid. Mandé hacer el anillo. Pero se lo di el 3 de octubre, el día antes de la supuesta boda, porque yo nunca pensaba casarme con ella. Fui un canalla. Sólo así, con engaños, conseguí que Ingrid… —El mayor se interrumpió y, tras una pausa, agregó con tristeza—: Al día siguiente, el 4 de octubre, cuando debía casarme con Ingrid, yo estaba muy lejos de Kansas City.

—Es un bonito folletín.

—No es un folletín. Te estoy contando la historia.

—Ingrid había tenido otros hombres.

—Ninguno. Era honesta. Yo fui el primero. Lo sé muy bien.

—De acuerdo. Era honesta. ¿Y luego?

—Luego siguió trabajando de camarera.

—Pero hubo otros hombres.

—No, ella no decía eso en sus cartas.

—¿Qué te iba a decir tu Ingrid? —Jane la parodió con su voz de

actriz—: «Amor mío, te echo mucho de menos. Estoy trabajando de camarera en el hotel, y muchos huéspedes me hacen proposiciones, pero las rechazo todas porque te tengo en mi mente».

—No te burles, Jane. No tiene ninguna gracia.

Ella dejó de interpretar. Apretó los puños. Era tanta su ira que de buena gana hubiese roto algo. Pero se contuvo.

—Robert, sigo diciendo que fue un espejismo… Si la hubieses querido, habrías regresado por ella a Kansas City.

—La eché de menos.

—¡Pero no volviste!

—¡No, no volví!

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá me dio vergüenza.

—Eso es absurdo.

—No, Jane, no es tan absurdo. Alguien ha dicho que muchas veces hacemos daño a los que más queremos.

—Eso lo inventó un estúpido. A mí me quieres.

—Sí, Jane, te quiero.

—Sigues enamorado de mí.

—Estoy tan enamorado de ti como el primer día.

—Y a mí no me haces daño.

—A ti te he conocido en una época en que un hombre reflexiona antes de herir.

—Pero sigues siendo un hombre fiero.

—Lo continúo siendo para mis negocios. Tengo que serlo para que nadie me arrebate lo que tanto trabajo me costó conseguir. No, no soy débil con los demás. Sólo lo soy contigo porque quiero darte todo lo que tú deseas.

—Te pondré a prueba.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero que veas a esa chica.

—No pienso verla, de modo que, no hace falta que insistas.

—No te estoy insistiendo, te lo estoy rogando.

—No te preocupes, Jane. No veré a mi…

—¿A tu hija?

—Quería decir a Dorothy.

—Instintivamente, la ibas a llamar hija.

—¡Maldita sea, he hablado de ella con ese hombre! ¡Y ahora

estoy hablando contigo del mismo asunto! Puedo equivocarme, ¿no?

—Tranquilízate, Robert.

—Oh, sí, me debo tranquilizar porque mi corazón podía fallar.

—No quiero hablar de eso.

—Yo sí quiero hablar de eso. ¿Por qué no me lo dijiste?

—El doctor Overon me informó confidencialmente.

—El doctor Overon debió hablar también conmigo.

—¿Para qué, Robert? ¿Para asustarte?

—Yo no me asusto tan fácilmente. Anda, dime, ¿qué es lo que le pasa a mi corazón?

—Sólo es una pequeña dolencia de una vena. La aorta. Se ha recubierto de calcio. Las paredes se han endurecido, pero hasta ahora no hay ningún peligro.

—¿A qué peligro te refieres?

—La sangre circula bien por la aorta. Pero dentro de algún tiempo…

—Dentro de algún tiempo podría dejar de circular, ¿eh?

—Algo parecido.

—De modo que puedo morirme.

—Te he dicho que el peligro no es inmediato.

—Y podría morirme sin tener un hijo.

Jane sintió un escalofrío por la espalda.

—Yo te daré ese hijo.

—No me lo has dado hasta ahora.

—No ha sido culpa mía.

—No sé de quién es.

—¡He dicho que te daré un hijo, Robert!

—Hablas como si pudieses hacer milagros.

—No es un milagro el que una mujer tenga un hijo de su marido. Y yo te lo daré. Robert se levantó.

—Tengo que ir a los pastos del sur.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

—Otras veces has querido que fuese contigo.

—Pero ahora quiero estar solo para pensar.

—¿Pensar en quién?

—En ti y en mí.

—¿En nadie más?

—No, Jane. No voy a pensar en Dorothy, si es eso lo que te preocupa. Todo lo contrario. Quiero apartarla de mi mente.

El mayor caminó hacia la puerta.

—Espera Robert.

Se detuvo y Jane le echó los brazos al cuello, y se puso a sollozar mientras lo besaba repetidamente en la mejilla, en los labios, y finalmente aplastó su cara contra el pecho varonil.

—Abrázame, Robert. Abrázame.

El mayor la estrechó.

—He sido muy feliz contigo, Robert.

—Yo también.

—No destruyas esa felicidad.

—No la voy a destruir. Pero hay momentos en que uno se siente un poco amargado.

—La culpa es de ese maldito aventurero.

—No, Jane, la culpa está en nosotros mismos.

Ella levantó la cara asombrada. Sus ojos estaban bañados en lágrimas.

—Nunca te oí hablar así antes.

—Hice algo feo con Ingrid, y ahora lo reconozco.

—Ya te referiste a eso antes, y has dicho que lo vas a olvidar.

—Entonces, ayúdame a olvidarlo y no des lugar a que lo recuerde una y otra vez.

Ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Robert, te ayudaré.

Él la besó ahora con fuerza y salió de la estancia.

Jane quedó a solas. En aquel beso de él, había echado en falta algo. La pasión.

La joven subió la escalera. No se detuvo en el corredor. Subió otros peldaños. Allí había un palomar. Era la parte más alta de la casa. Metió la mano en una jaula y sacó un cuaderno y un lápiz. Rasgó un trozo de papel y escribió en él: «Necesito verte con urgencia. Estamos en peligro».

Hizo un pequeño rollo con el papel escrito y lo incrustó en una especie de anilla. Sacó de una jaula una paloma y metió la anilla en una de las patas.

Finalmente, arrojó la paloma al aire.

La paloma trazó un círculo y emprendió su vuelo.

CAPÍTULO X

Kirk Russel le contó a Dorothy todo lo que le había pasado en el rancho de Las Tres Cruces.

Estaba en la comisaría, y el marshall se hallaba presente.

Cuando Kirk hubo terminado, Dorothy dijo:

—Debí suponer que no era el mayor quien mandó la carta, después de oír hablar a aquellos hombres que querían matarme. Un padre no puede hacer eso con alguien que puede ser su hija… Pero ahora el mayor ha hablado claramente. Tampoco él está dispuesto a hacer nada por mí. Piensa que mi madre fue una cualquiera y que yo puedo ser hija de otro hombre. En fin, las cosas están claras. Me marcho.

—No, Dorothy —dijo Kirk.

—¿Por qué he de permanecer más tiempo aquí? No servirá de nada.

—Le dije al mayor que tenía un día para pensarlo.

—Él ya ha decidido.

—Escúchame, Dorothy. —Kirk la cogió por los brazos—. Tu padre, quiero decir el mayor Sterling, está enamorado de esa mujer. Jane lo ha influenciado, pero cometió un fallo del que quizá podamos sacar partido.

—¿Qué fallo?

—El tratar de arreglar tu asunto sin su consentimiento. No le dejó leer tu carta y ella falsificó la firma, te escribió por el mayor, y te mandó los tres asesinos. Si tu padre pensase en esos detalles, empezaría a dudar de la mujer que ama.

—Es una tonta esperanza.

—No es tan tonta como tú piensas. Los seres humanos somos así. Cometemos torpezas, pero al cabo de algún tiempo, las

reconocemos.

El marshall intervino:

—Hay quien no las reconoce. He visto varias veces al mayor con su mujer. Y él sólo ve por los ojos de ella. Lo siento, Kirk, pero opine como Dorothy. Ustedes no tienen nada que hacer.

—Gracias por los ánimos, marshall.

—Soy realista.

—Yo también lo soy. Y por eso pienso que Dorothy se debe quedar en Yucca las veinticuatro horas que he señalado como plazo.

Seguía sujetando a Dorothy y ella lo miraba a los ojos.

—Como tú quieras, Kirk. Me quedaré.

Russel sonrió.

—Así me gusta.

La besó en los labios y ella parpadeó perpleja. Kirk se apartó antes de que Dorothy pudiese preguntar por qué la había besado.

—Marshall, ¿dónde vive el doctor Overon? —inquirió Russel.

—Su casa está a mitad de la calle. Tiene el jardín muy bonito, lleno de flores. Su especialidad son las rosas. Cultiva las mejores de la comarca.

—Dorothy, no te muevas de aquí. Volveré enseguida.

Kirk salió de la comisaría.

Al llegar a la casa señalada por el marshall, vio a un hombre que estaba regando un rosal. Tenía una bata blanca.

—Buenos días, doctor.

El hombre de la bata blanca se volvió. Estaba por los treinta años y era tan alto como Kirk, cabello rubio, rostro varonil.

—¿Quién es usted? No lo he visto por aquí.

—Me llamo Kirk Russel.

—Oh, sí, no lo he visto, pero he oído hablar de usted.

—Comprendo que me haya hecho famoso en Yucca. Tuve que matar a unos cuantos indeseables.

—Me podría quejar a usted, señor Russel.

—¿Por qué?

—Por no haber dado lugar a que yo interviniese. Soy médico y me dedico a curar. Pero me temo que, con su puntería, nunca podré sanar a nadie.

Kirk sonrió.

—No lo sienta, doctor Overon. Eran bichos.

En aquel momento el doctor atrapó un insecto que estaba en una hoja. Lo aplastó con la yema de los dedos.

—Le comprendo, señor Russel. Yo también tengo que destruir a los bichos. Los hay de todas clases.

—Los peores no son los que dañan los rosales, sino los que hacen daño a sus semejantes.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Russel. ¿Vino a hablarme sólo de eso? ¿De bichos?

—Del mayor Sterling.

El doctor John Overon sonrió.

—Hay muchas personas que lo consideran como el mayor bicho de la comarca.

—¿Y para usted?

—Para mí solo es un paciente.

—Pero el mayor Sterling es un paciente de usted sin él saberlo.

—¿Cómo dice?

—Al parecer, el mayor Sterling sufre una lesión de corazón que él ignoraba.

Overon frunció el ceño.

—Señor Russel, ya veo que usted se mueve mucho.

—Y muy aprisa, doctor. No tengo más remedio que hacerlo cuando mi piel está en juego.

Overon quedó unos minutos en suspenso, pero no apartó la mirada del rostro de Kirk.

—Señor Russel, usted habrá oído hablar del secreto del doctor con respecto a las enfermedades de un paciente.

—Desde luego.

—Lo celebro, porque así me disculpará de que no le informe con respecto a la dolencia del mayor Sterling.

—Sé casi todo lo que hay que saber acerca de eso.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Que el mayor Sterling sufre una grave enfermedad.

—¿Quién se lo dijo?

—La propia señora Sterling.

—Lo siento, pero no puedo creerle.

—Creo que le entiendo, doctor. Usted y la señora Sterling acordaron guardar el secreto. Nadie tenía que saber nada acerca de la enfermedad.

—Suponga que la señora Sterling y yo llegamos a ese acuerdo, Russel.

—Ya no es un secreto entre usted y la señora Sterling.

—No, puesto que lo sabe usted.

—También lo sabe el mayor.

Overon observó el rosal que estaba regando. Dejó la regadora en el suelo. Sacó unas tijeras del bolsillo y cortó una rosa que acercó a la nariz y la olfateó.

—Ésta es una rosa muy difícil de conseguir, señor Russel. Fue bautizada con el nombre de rosa de Jericó. Y yo he conseguido un color que hasta ahora no se había dado en la especie. El violeta.

—¿Cuál es la moraleja?

—Es usted inteligente, señor Russel —sonrió John Overon—. Sí, señor, muy inteligente, y no es cosa corriente en un pistolero.

—No soy un pistolero, doctor.

—¿Un hombre en busca de aventuras?

—Tampoco las busco.

—Entonces, defínase.

—Soy sólo un hombre que va por el mundo.

—Muy poético.

—Y que trata de conocer a sus semejantes.

—¿Con éxito?

—Bastante.

—Pero unas personas le resultarán más difíciles que otras.

—Todas terminan por ser como libros abiertos para mí.

—Creo que sé por dónde van sus disparos, Russel. Le extrañó que la señora Sterling y yo mantuviésemos en secreto la enfermedad del mayor. Que no se lo dijésemos a él. Bien, señor Russel. Le dije que no quería hablarle del mayor Sterling, pero dado su interés, le contestaré. El mayor está muy grave y no existe curación para su enfermedad. Va a morir. Y yo no lo puedo evitar. Ningún doctor del mundo lo puede evitar.

—¿No cree que es demasiado duro para sus colegas?

—No, señor Russel. Conozco bien mi profesión…

—Constantemente están descubriendo medicinas que sanan a enfermos desahuciados.

—No es el caso del mayor Sterling.

—¿Por qué no?

—¿Sabe lo que es una vena, señor Russel?

—Sí, claro que lo sé.

—Lo celebro. Por una vena circula la sangre.

—También lo sé.

—Las paredes de una vena se pueden calcificar. Van estrechando poco a poco el conducto y llega un momento en que no dejan circular la sangre. Entonces sobreviene el final, y todavía no se ha descubierto la forma de sustituir una vena por otra o un corazón por otro. No se puede abrir el pecho de una persona, quitarle el corazón y ponerle el de otra persona. Ése es el caso del señor Sterling. Sufre una mala circulación y eso ha hecho daño en su órgano vital… Y dado que no existe remedio para el mayor, su mujer, que lo ama, no quiso convertirlo en un hombre distinto. ¿Ha tratado a algún enfermo que sabe que va a morir? Se vuelven huraños, cambian en el carácter y llegan a aborrecer hasta a las personas que poco antes han amado. Considero muy justo que la señora Sterling tratase de conservar el cariño de su esposo hasta el fin. La señora Sterling despertó mi admiración.

—Fue un buen discurso.

—Habré perdido el tiempo, si no lo convencí.

—Me convenció doctor. Gracias por todo.

Overon volvió a sonreír.

—Le dije que era inteligente y por eso me arriesgué a no perder mi tiempo explicándole la situación del señor Sterling.

—No lo perdió. Pero dígame, doctor. ¿Cuál es la moraleja de su flor? —Kirk señaló la rosa de Jericó que el doctor Overon conservaba en la mano.

—Quería indicarle que hay cosas que resultan muy difíciles de conseguir, por ejemplo, esta rosa. Por ello, uno debe preguntarse cuando va a llevar un trabajo a cabo: «¿Vale la pena mi esfuerzo? ¿No sería preferible que dedicase mis energías a otra cosa?». Ése es el problema que tiene planteado la humanidad, señor Russel. Se desperdician muchos esfuerzos, muchas energías. El día en que el hombre dedique su gran vitalidad a todo aquello que merece su esfuerzo, se habrá dado un gran paso para lograr un mundo mejor. ¿Valió la pena que yo dedicase mis esfuerzos a esta rosa? Observe su belleza y conteste, Russel.

—Sí, doctor. Valió la pena. Consiguió usted un ejemplar muy

hermoso.

—Es lo que he procurado con mis esfuerzos. Dedicarlos a aquello que resulta bello o útil.

—Espero que continúen sus éxitos, doctor.

—Lo mismo le deseo, señor Russel.

Kirk se tocó el ala del sombrero y se marchó.

Overon vio alejarse a su visitante.

Entró en la casa y dejó la rosa en un jarrón, con otras. Subió por la escalera, hasta la parte más alta.

Allí había un palomar.

Mientras hablaba con Russel, había visto llegar una paloma.

Metió la mano en una de las jaulas y sacó el ave. Quitó la anilla de la pata y extrajo el mensaje que decía así: «Necesito verte con urgencia. Estamos en peligro».

CAPÍTULO XI

El doctor Overon saltó del caballo.

Estaba a la orilla del río, entre el follaje.

Ató las bridas y se dirigió hacia la derecha.

Jane Sterling salió a su encuentro.

Los dos se abrazaron y se besaron apasionadamente.

—Creí que no vendrías, John.

—Me di toda la prisa que pude.

—Llevo más de media hora esperándote.

—Tuve que ver a un paciente. ¿De qué se trata, Jane? —Se entrometió un tipo en el asunto.

—Ya sé a quién te refieres. A Kirk Russel.

Jane enarcó las cejas.

—¿Lo conoces?

—Vino a verme.

—¿Para qué?

—Para preguntarme acerca de la enfermedad de tu marido.

—Ese maldito es más listo de lo que yo creía.

—Te he dicho muchas veces que no debemos subestimar a nuestros enemigos.

—¿Qué le dijiste?

Overon se echó a reír.

—Le conté un drama. Un verdadero drama. Russel nos ha hecho un favor. Tú y yo habíamos montado lo de la supuesta enfermedad de tu marido. El corazón de un momento a otro se le puede parar. Pero necesitábamos un testigo, alguien que conociese el asunto.

—Pensamos que fuese el marshall.

—Ya no es necesario que sea el marshall. Ahora hay dos personas que están enteradas, de la supuesta enfermedad de tu

marido. El entrometido Kirk Russel y Dorothy, puesto que él se lo habrá contado.

—Pero ellos se irán en veinticuatro horas. Nos quedamos otra vez sin los testigos.

—Hay que hacerlo antes de que marchen, Jane.

—¿Matar a Robert?

—¿No es eso en lo que quedamos?

Jane entornó los ojos.

—Tienes razón. Es nuestra mejor oportunidad.

—Y no debemos desaprovecharla, Jane.

—Además, el mayor lo sabe.

—Ya me informó de eso Russel. ¿Cómo reaccionó?

—Le sentó muy mal que fuese un secreto entre nosotros dos. Pero logré convencerle representando para él la esposa sacrificada que quiere impedir que pase sus últimos días lleno de amargura.

—Eres maravillosa, Jane —dijo John y la besó otra vez en los labios.

—¿Cómo lo haremos?

—Lo harás tú. Y será muy sencillo.

John metió la mano en el bolsillo y sacó un frasquito. Dentro había un líquido blanco.

—¿Qué es eso, John?

—No hace falta que lo sepas. Sólo tienes que dejar caer un par de gotas en algo que vaya a beber tu marido, el té, el vino, el *whisky*… Tienes muchas cosas para elegir…

—Lo invitaré a un trago de *whisky*.

—Pasarán cinco minutos, y de pronto…

—¿De pronto?

—Caerá redondo.

—¿Muerto?

—Fulminantemente.

Jane cogió el frasco y lo guardó en su bolso.

—¿Qué hago después de que él haya… muerto?

—Me avisas urgentemente.

—Te mandaré a Sean Taylor, el capataz.

—De acuerdo. Pero que ocurra esta misma tarde.

—No te preocupes, ocurrirá. ¿Cuándo nos casaremos, John?

—Tendremos que dejar pasar unos meses.

—¿Tanto tiempo?

—No te preocupes, Jane. Sólo será un pequeño sacrificio. Al fin y al cabo, nos podremos seguir viendo aquí.

—Sí, John. Debemos cuidar todos los detalles.

—Vale la pena. Ahora vete.

Se volvieron a besar con la misma pasión que antes.

Jane dio media vuelta y desapareció por entre los arbustos.

Overon también caminó hacia donde había dejado su caballo. Y poco después, emprendía el camino de regreso a Yucca…

—Así que mi padre va a morir —dijo Dorothy.

—Fue lo que dijo el doctor —asintió Kirk Russel.

—Lo siento por él, aunque nunca lo he visto. Estaban a solas en la comisaría.

—Kirk, ya no tiene objeto que me quede aquí.

—¿Qué vas a hacer?

—Volveré a Kansas City.

—¿Volverás con esos patrones de los que tienes que escapar porque tienen los brazos muy largos?

—¿Qué remedio me queda?

—No lo voy a consentir.

—¿Y qué quieres que haga?

—Te vendrás conmigo.

—¿Adónde?

—A San Francisco.

—En San Francisco me pasará lo mismo que en Kansas City.

—No te pasará si estás casada.

—¿Y con quién me voy a casar?

—Conmigo.

—¿Qué has dicho, Kirk?

—Te vas a casar conmigo.

—¿Porque no quieres que caiga con un patrón de brazos largos?

—Sí, por eso.

—¡Es la más maldita declaración de amor que he oído en mi vida!

—¿Qué querías oír, Dorothy?

—Lo que otros me han dicho.

—¿Qué te han dicho?

—Que me querían porque era muy bella.

—Oh, sí; claro, te dijeron eso para engatusarte.

—¡Te equivocas! Alguno me lo dijo porque lo sentía. ¿Te enteras, Kirk Russel? ¡Ha habido muchos que quisieron casarse conmigo!

—¿Y por qué no te casaste?

—Yo no los quería.

Kirk se acercó a la joven. Pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Eres bonita, Dorothy.

—¿Y qué más?

—Hermosa.

—¿Y qué más?

—Tienes dos ojos como dos soles. Ya está.

—¿Ya está qué?

—La declaración.

—¿Llamas a eso una declaración?

—¿No es eso lo que querías? ¿Qué te hablase de tu belleza, de tu hermosura, de tus ojos?

—¡Es la más puerca declaración que he oído en mi vida!

—¿Otra vez?

—¡Lo dijiste a la fuerza, Kirk Russel!

—De acuerdo, de acuerdo, empezaremos de nuevo.

—¡No vamos a empezar nada!

—Te voy a dar un beso, y con eso habremos concluido, y nos podremos casar.

—¡Bésame y te rompo el tintero en la cabeza!

—Te voy a besar porque quiero besarte.

Ella le pegó un mordisco en la mano.

—¡Ay!

Kirk la cogió por la cintura y los dos cayeron por el suelo.

—¡Suéltame!

—Voy a ser tu domador.

—¡Tú no domas a Dorothy Sterling!

—¡No eres una Sterling!

—¡Soy la hija del mayor Sterling!

—No tienes derecho a llevar ese nombre. Llevarás el mío. Te llamarás Dorothy Russel.

Kirk la besó y ella quiso seguir protestando y sus palabras

sonaron ininteligibles.

—Crug, crag…

Kirk apartó los labios.

—¡Deja ya de gruñir como si fueras un cuervo, Dorothy Russel!

—¡Te voy a deslomar!… ¡Te voy a sacar los ojos! ¡Te voy a dejar sin nariz!

Kirk la volvió a besar y Dorothy siguió gruñendo, pero poco a poco, se fue acallando, y ya de sus labios no salieron sonidos incoherentes porque estaban cerrados, y luego entreabiertos para que Kirk la pudiese seguir besando.

—Demonios, Dorothy. ¡Qué tiempo hemos estado perdiendo!

—¿Me quieres, Kirk?

—Te adoro.

Kirk se levantó y la ayudó a levantarse a ella. Pero luego la estrechó entre sus brazos y la volvió a besar.

—Mira que pasarme a mí esto, Dorothy.

—¿Ya te estás arrepintiendo?

—Es que yo había dicho siempre que la mujer que me pescase a mí estaba por nacer.

—Pues ya ha nacido.

—Sí, ahora estoy seguro de ello.

En aquel momento se abrió la puerta.

Dorothy estaba de espaldas y no podía ver la persona que había entrado en la comisaría.

Pero Kirk vio al hombre y quedó sorprendido.

Era el mayor Sterling.

—Buenos días —dijo el mayor.

La joven se volvió.

Sterling miró a la muchacha.

—¿Dorothy?

—Sí.

—Soy Robert Sterling. He venido a hablar contigo. Kirk carraspeó.

—Creo que será mejor que hablen a solas.

—Gracias, señor Russel —asintió el mayor.

Kirk dio una palmada en el brazo de Dorothy y salió de la comisaría.

El mayor observó fijamente el rostro de la mujer que había

hecho aquel largo viaje porque decía ser su hija.

CAPÍTULO XII

Seguían guardando un silencio.

Fue ella quien lo rompió.

—Ha dicho que quería hablar conmigo, mayor.

—¿Qué tal le fue a tu madre?

—Nunca se quejó…

—¿Siguió trabajando… como camarera?

—Lo dejó después de tenerme a mí… Había ahorrado un poco.

El mayor se mojó los labios con la lengua, pero no dijo nada.

Dorothy dio unos pasos hacia la mesa.

—Pero se terminaron los ahorros. Y entonces mi madre tuvo que emplearse. Cocinaba muy bien. Se empleó en un hotel. Continuó siendo cocinera hasta que murió.

—¿Qué te dijo de mí?

—Cuando supe cómo eran las cosas, quiero decir cuando tuve uso de razón, empezó a hablarme de mi padre. Ellos se habían casado. Pero él tuvo que marcharse a las minas de Colorado y murió en una explosión. Eso fue lo que me contó con respecto a mi padre, hasta el día en que murió. Ese día me dijo la verdad, que mi padre era Robert Sterling y que usted vivía. Se había informado últimamente por los periódicos que usted había llevado un gran rebaño a Abilene y provocó una baja en el mercado de la carne… En fin, así fue cómo supe que mi padre no había muerto en las minas de Colorado…

—¿De qué murió?

—De una pulmonía. Estaba un poco resfriada… Unos días antes había llovido mucho… Yo le dije que se quedase en casa… Pero ella no quiso escucharme. Fue al hotel a trabajar y la lluvia que le cayó encima le provocó la pulmonía.

—¿Por qué no me escribiste en cuanto quedaste sola?

—Yo… yo lo odiaba a usted.

El mayor bajó la mirada al suelo y ella se volvió de espaldas.

—Lo odiaba a usted por todo el mal que le había hecho a mi madre.

—Lo siento.

Dorothy se volvió rápidamente.

—¿Lo siente? ¿Va a resucitar por ello a mi madre?

—No, ya sé que no.

—Vuelva a su rancho, mayor Sterling. Allí tiene ahora a una esposa. Ella se lo merece todo, puesto que lleva su nombre. Mi madre no tuvo derecho a llevarlo. Ella era una camarera que usted sedujo. Prometió que iba a ser su esposo. Le compró un anillo de boda con una fecha. La fecha en que mi madre sería la señora Sterling… Y aquel 4 de octubre mi madre se quedó esperándole para ir a la iglesia… ¿Se la imagina en su cuarto esperando al hombre que la iba a llevar al altar, al hombre que la había casi obligado a entregarse a él la noche anterior?… ¿La puede ver, paseando de un lado a otro, sollozando cuando perdió toda esperanza y compendió que usted la había engañado?

—Por favor, Dorothy…

—¿Qué es lo que pide por favor, mayor Sterling? ¿Que guarde silencio?… Muy bien. Ya he terminado. Puede marcharse.

Robert Sterling quedó en el mismo sitio.

—¿Qué le pasa, mayor? Ya terminamos de hablar. Tiene que irse.

—No puedo.

—Yo le daré una razón para que se vaya y para que tranquilice su conciencia… Usted ha podido pensar que mi madre tuvo relaciones con otros y que, por tanto, no podía ser su hija. ¿Ve qué sencillo? Siga pensando que no soy su hija. A cambio, volveré a pensar que mi padre murió en una explosión en las minas de Colorado.

Dorothy inclinó la cabeza sobre el pecho y sollozó.

El mayor Sterling se acercó silenciosamente a la joven y le puso una mano en el hombro.

—Dorothy. Perdóname, Dorothy.

—Ya está perdonado.

—Sé que tu madre dijo la verdad.

Ella se volvió con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Usted lo sabía?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no se casó con ella?

—Me equivoqué con respecto a tu madre. Yo había pasado de una mujer a otra. No establecía diferencias. Tu madre era honesta y no debí hacer eso con ella. No me di cuenta de lo más importante, hasta que estuve lejos de tu madre. Sí, Dorothy, me di cuenta de que la quería.

—¿La quería y no volvió a Kansas City por ella?

—Fue mi maldito orgullo.

—Ella era una camarera. ¿Es eso?

—Mis hombres habían venido conmigo y yo había fanfarroneado. Tu madre nos sirvió en la mesa. Yo les dije: «Esa mujer será mía». Aposté unos dólares con mi capataz porque él dijo que no la conseguiría.

—¡Calle, no diga eso!

—Quiero confesarlo todo. Sé que estás sufriendo, Dorothy. Pero yo también necesito pasar por esto. Lo necesito porque traté de arrojarla de mi mente durante mucho tiempo.

—Y logró olvidarla.

—Sí, pero tú has despertado aquellos recuerdos.

—De modo que conquistó a mi madre por ganar una apuesta.

—Te repito que me enamoré de ella.

—Lo dice para consolarme, ¿verdad? —Dorothy rió con amargura—. Yo nací por una apuesta entre un ranchero y su capataz.

—¡No digas eso!

—¿No es la verdad?

—Me enamoré de tu madre mientras trataba de conquistarla.

—¿Y de qué le sirvió a ella que se enamorase, mayor Sterling?

—No me llames, mayor Sterling.

—Seguirá siendo para mí el mayor Sterling.

—No, Dorothy. Quiero que me llames por lo que soy para ti. Quiero que me llames padre.

Ella hizo un gesto de perplejidad.

—Quiero que vengas a vivir a mi rancho conmigo, Dorothy.

—Oh, no.
—¿Por qué no, Dorothy? Soy un estúpido. No sé por qué lo pregunto. Has dicho que me odiabas.
—Olvide eso. Ya no le odio.
—Mientes.
—No, le juro que no. Pero yo no debo vivir con usted. Está casado. Tendrá hijos con Jane.
—No puedo tener hijos porque… yo voy a morir pronto.
—¿Lo dice por su corazón?
—¿Lo sabes?
—Kirk Russel me lo contó, él ha ido a ver al doctor Overon.
—Si me quedan unos meses de vida, quiero que los pases a mi lado.
—Sería absurdo.
—¿Por qué absurdo?
—Por su mujer. Ella no querrá verme en su casa.
—La convenceré.
—Ella verá en mí una rival. Alguien que le va a quitar algo que ha querido con todas sus fuerzas.
—Jane no es así.
—Me temo que se equivoca.
—Déjalo de mi cuenta.
—Me iré. Mire, mayor, el hombre que estaba conmigo cuando usted entró, Kirk Russel, se va a casar conmigo. Es curioso. Nos hemos conocido aquí en Yucca. Los dos éramos forasteros y el destino nos jugó una mala pasada. Él quiso ayudarme. Y de pronto nos hemos dado cuenta de que nos queremos. Nos vamos a casar. Y nos iremos de aquí.
—Pero estoy seguro de que él no tiene nada.
—Tiene lo más importante. Cuenta con mi amor. Y es un hombre fuerte. Iremos a San Francisco, y allí podremos iniciar una nueva vida. Tendremos un futuro. Puede estar seguro de ello.
—Kirk también vendrá al rancho. Viviréis los dos conmigo.
—Es imposible.
—No lo es. Hablaré hoy mismo con Jane. Le diré que estoy dispuesto a reconocerte como hija.
—¿Por qué levantar entre ella y usted un muro? Usted quiere a esa mujer y es lo importante. Han sido felices hasta ahora y yo no

puedo romper esa felicidad.

—Te lo ruego, Dorothy. Quédate hasta mañana, como Kirk Russel dijo. Si en ese tiempo Jane no da su consentimiento para que vengáis a vivir al rancho conmigo, permitiré que os vayáis.

Dorothy titubeó.

—Esperaré, pero creo que su solución no es la buena.

—Deja que sea yo quien decida qué es lo mejor para tu futuro.

Robert la besó en la mejilla y, luego de apretar una mano de ella, salió de la comisaría.

Kirk estaba en el porche y Sterling se detuvo ante él.

—Cuídela, Kirk.

—Eso voy a hacer —contestó Kirk un poco desconcertado.

El mayor bajó del porche, montó un caballo y se alejó al trote.

Kirk entró en la comisaría y sorprendió a Dorothy llorando.

—¿Por qué no me avisaste? Le habría roto la cara.

—Estoy llorando de alegría.

—¿Qué pasó?

—Quiere reconocerme como hija, y que tú y yo nos vayamos a vivir al rancho de él.

Kirk encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Sólo faltaba que te convirtieses de verdad en un verdadero regalo.

—¿Quieres que te estrelle el tintero en la cabeza, materialista?

—Prefiero otra cosa —dijo Kirk y la besó en los labios.

CAPÍTULO XIII

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó Sterling a Tony, un criado, al entrar en su casa.

—En el salón.

Robert Sterling encontró a Jane junto a la ventana.

—Hola, Jane.

Ella preguntó sin volverse.

—¿Adónde fuiste?

—Al pueblo.

—Eso me dijo el capataz. Fuiste al pueblo para ver a esa mujer, ¿no, Robert?

—Has acertado.

Ella se volvió bruscamente. Estaba furiosa.

—¿Por qué? ¿Por qué fuiste a ver a la farsante?

—No es una farsante.

—¿No?

—Es mi hija.

Ella lanzó una carcajada.

—Ya te convenció. La muñeca rubia se puso sentimental… Puedo imaginar la escena. Te habló de su pobrecita madre abandonada, trabajando para el sustento de su pequeña hija sin padre.

—¡No digas eso!

—¿Acaso no es la verdad? ¿No te colocó ella el folletín?

—Lo malo que tiene la historia de todos nosotros es que muchos capítulos pueden pertenecer a un folletín.

—Deja eso para los pobres.

—No, Jane, también hay folletín en la historia de los ricos. Y amarguras… Desgraciadamente, como tienen conciencia igual que

los demás, sufren asimismo remordimientos.

Jane cruzó los brazos bajo los grandes senos.

—Anda, dime que te han enternecido y que la vas a reconocer como hija.

—Es justo lo que voy a hacer.

—¡No harás tal cosa, maldita sea! ¡Este rancho es mío!

—¿Cómo has dicho?

Jane respiró entrecortadamente. Escuchó su voz interior:

«Cuidado, Jane. Has soportado mucho al viejo. Y ahora no puedes estropearlo. Al fin y al cabo, ahí tienes escondida, detrás de un libro, la botellita que te dio John Overon. Dos gotas en un vaso de *whisky* y a los cinco minutos caerá redondo. Morirá sin haber reconocido a su hija. Y aquí no habrá ningún juez porque tú serás el único testigo de su muerte».

—Perdona, Robert. Estoy muy nerviosa por culpa de esa mujer.

Leyó la sospecha en los ojos de Robert. Se acercó a él y le pasó el brazo por el cuello.

—Amor mío, te quiero.

Lo besó en los labios y él no hizo nada por abrazarla, y ésa era la primera vez que ocurría. Jane comprendió que aquella frase, «este rancho es mío», le había hecho mucho daño al mayor. Y quizá en su cerebro se estaba ventilando un juicio que no le interesaba porque la sentencia para ella podría ser la de culpable.

—Robert, compréndeme.

—Ella es mi hija, Jane. Sé que es mi hija. Y no quiere venir aquí. Se va a casar con Kirk Russel y se marcharán a San Francisco. Le dije a Dorothy que se viniesen a vivir con nosotros al rancho. Pero ella no acepta.

—¿Por qué no?

—Por ti.

—¿Por mí?

—Cree que ella se interpondrá entre tú y yo como si fuese un muro.

Jane oyó de nuevo su voz interior:

«Bien, Jane, ya has llegado al final. Hiciste bien en avisar a John. Le decías que estabais en peligro y acertaste. Es el peligro mayor con el que te podías enfrentar. A una hija de Robert. Y si ella viene al rancho, tú lo habrás perdido todo. Según la ley, la hija del

mayor Sterling será la heredera del rancho, y tú solo tendrás derecho a comer y a dormir. Pero no te casaste con el estúpido viejo para eso. No, Jane, te casaste con él para ser la dueña del rancho, para ser poderosa. Y en Yucca encontraste al hombre que te merece, al doctor Overon, brillante, guapo y varonil. Los dos habéis soñado juntos. Los dos habéis llegado al acuerdo de que el mayor debe morir y ahora es el momento de que muera, antes de que reconozca a su hija».

—Robert, quiero que Dorothy venga a vivir con nosotros.

—¿Es verdad lo que dices?

—Claro. Con Kirk Russel. Formaremos una maravillosa familia. Yo pondré todo de mi parte para que así sea.

—Jane, no sabes lo feliz que me haces.

La besó en la boca y ella se apretó contra él porque estaba recordando sus representaciones en el escenario.

—¿Lo ves, Robert? Todo se ha arreglado.

—Todo menos mi corazón.

—Vivirás mucho tiempo, Robert.

—¿No te dijo el doctor que mi enfermedad era grave?

—Opinó que todavía podías vivir muchos años, y por eso quiero darte toda la dicha del mundo.

—Amor mío —dijo Robert y la volvió a besar.

Jane se apartó de él y dijo:

—Esto merece un brindis.

Se dirigió hacia la mesa donde estaba la botella de *whisky*.

Arriba había una estantería de libros. Sólo tenía que alargar el brazo y apartar el libro tras el que se encontraba el veneno.

Robert dijo:

—No tengo ganas de beber ahora, Jane.

—Cariño, sólo un traguito de *whisky*.

—Está bien. Como tú quieras.

Ella escanció *whisky* en dos vasos.

—Cariño —dijo—, ¿me quieres dar el chal? Tengo frío. Está en el sillón del fondo.

Robert se dirigió hacia el sillón.

Jane apartó el libro, sacó el frasco y vertió dos gotas de veneno en uno de los vasos de *whisky*, en el de la derecha.

Luego volvió a esconder el veneno y a poner el libro.

Cogió los dos vasos, el del veneno con la diestra, y se volvió.

Robert ya había llegado al sillón y estaba cogiendo el chal.

—¿Quieres ponérmelo tú mismo, cariño? Tengo las dos manos ocupadas.

Robert le puso el chal sobre los hombros. Jane le ofreció el vaso del veneno.

—¿Por quién brindamos, Robert?

—Por la maravillosa familia que vamos a formar.

Hicieron entrechocar los vasos.

Él fue a beber, pero se interrumpió.

—¿Qué echaste en mi *whisky*, Jane?

La joven sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Yo? Nada. ¿Qué iba a echar? Sólo *whisky*.

—Te vi en el espejo.

Jane soltó una maldición para sus adentros. Había olvidado el espejo que estaba al fondo de la estancia Robert, mientras iba a por el chal, debió verla. ¿Cómo no había tenido en cuenta eso?

—Está bien, Robert. Te eché la, medicina que recetó para ti el doctor.

—¿Una medicina?

—Para tu dolencia del corazón.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Para que no te dieses cuenta.

—Eso pudo ser cierto hasta que me enteré de mi enfermedad. Pero ya no vale.

—Fue la costumbre, querido. Durante varios días te he estado sirviendo la medicina sin que te percatases.

—¿Qué medicina es?

—Tiene un nombre raro… Como todas las medicinas.

—Dame tu vaso, Jane.

—¿Para qué?

—Yo beberé el tuyo, y tú beberás el mío.

—Yo no estoy enferma.

—El enfermo soy yo.

—Sí, Robert. Y por eso debes beber la medicina.

—Pero si estás sana, no te hará daño.

Robert le quitó el vaso de la mano y lo colocó entre los dedos el suyo, el del veneno.

Jane se estaba convirtiendo en un trozo de hielo.

—Robert, no tiene ninguna gracia esta broma. ¿Cómo quieres que te repita que la medicina fue recetada por el doctor Overon para ti?

—¡Bebe!

—¡No!

Él le cogió el brazo con la que ella sostenía el vaso e impulsó la mano hacia los labios femeninos.

—¡He dicho que bebas, Jane!

—¡No beberé esa porquería!

—¿Lo llamas porquería?

—Es *whisky* con…

—¿Con qué, Jane? ¿A qué llamas tú una medicina?

—Robert, ¿qué está pasando por tu mente?

—Algo espantoso que quisiera borrar de ella. Que me querías envenenar.

—Oh, Robert, ¿cómo puedes pensar de mí semejante cosa?

—De pronto he pensado en muchas cosas. En ti. En el doctor Overon.

—¿Qué tratas de decir?

—Un vaquero os vio un día a ti y al doctor Overon, en la orilla del río. Me lo contó y yo no le di importancia. Pensé que os habíais encontrado casualmente. Tú salías a pasear algunas tardes.

—Iba a pasear sola.

—¿No te reunías con el doctor Overon?

—No.

—Y fue el doctor Overon quien te dijo que yo estaba enfermo del corazón y me recetó esa medicina. Pero da la casualidad de que yo me encuentro perfectamente. Nunca he notado nada. Ni el más ligero mareo, salvo cuando he bebido *whisky* con exceso. Y, desde hace un rato, me he empezado a preguntar si esto no sería una confabulación entre tú y el doctor. ¡Bebe!

—¡No!

—¡Bebe!

Ella arrojó el vaso al suelo.

Robert le soltó una bofetada y Jane retrocedió violentamente hasta chocar contra la mesa.

Sterling corrió hacia el anaquel de libros y sacó el frasco.

—Haré analizar esto, Jane. Y sabré si es una medicina o un veneno.

Robert salió de la habitación.

Jane esperó unos instantes y luego echó a correr.

Fue directamente al establo.

—Un caballo, Jim —dijo a un vaquero.

—Sí, señora.

El *cowboy* le preparó el caballo enseguida y Jane lo montó y se puso en camino hacia Yucca.

Se detuvo ante la casa del doctor Overon y cruzó el jardín corriendo.

Llamó una y otra vez con el aldabón.

Overon le abrió y ella cayó en sus brazos.

—¡John, lo ha descubierto!

—¿A qué te refieres?

—Sabe lo de nosotros dos.

—¿Y el veneno?

—Se lo quise dar, pero no lo tomó porque me vio en un espejo.

—¡Estúpida!

—¡John, ahora lo sabe todo! Cogió el veneno para hacerlo analizar.

—¿Por qué no usaste la cabeza?

—Me dijo que iba a reconocer como hija a Dorothy. ¿Te das cuenta? Y Dorothy se va a casar con Kirk Russel. Los dos vendrán a vivir con nosotros. El rancho iba a ser de ellos. Entonces decidí matarlo allí mismo.

Overon entornó los ojos.

—Hay una forma de arreglarlo.

—¿Cómo, John?

—Sólo hay una persona, aparte de mí, que pueda analizar el veneno. Como el mayor no puede venir a mi casa, irá a la de ese otro hombre.

—¿Quién es?

—Lee Walcon, el veterinario. Mataré al mayor antes de que pueda entregar a Walcon el frasco del veneno.

CAPÍTULO XIV

Kirk Russel besó los labios de Dorothy Sterling.

—Eh, Kirk, estás abusando.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? De los besos.

—¿Llevas la cuenta de los que te estoy dando?

—Son cuarenta y siete.

—Te equivocas. Son cuarenta y nueve.

—¡Caracoles! Nunca me sirvieron una ración tan abundante.

—Ahí va el otro para completar el medio centenar.

Kirk le dio el beso número cincuenta. Y fue muy especial porque duró más que los otros.

—Eh, Kirk, de vez en cuando tengo que respirar.

—Tendrás que acostumbrarte porque vas a tener mucho trabajo.

—Se supone que el que va a trabajar para la casa serás tú. ¿O vas a ser de esos hombres que hacen trabajar a su mujer mientras ellos están jugando al póquer en la cantina?

—Me refiero a los hijos.

—¿Cuántos piensas tener?

—Quince, veinte…

—¡Ah, no, eso sí que no!

—¿Por qué no?

—Con tanto hijo, me pondré que ni me mirarás. Dicen que los hijos son los que más estropean a las mujeres. He visto cada madre que daba pena verla. Y cuando le he preguntado cuántos hijos tenía, me soltaba que de una docena para arriba.

—Está bien. Te lo dejaré en seis.

—Eso está más de acuerdo con mis posibilidades. Ya que estamos de acuerdo, dame el beso cincuenta y uno.

—Ahí va, señora Russel.

Se estaban besando cuando la puerta de la comisaría se abrió dando paso a Alan Marvin.

—Que aproveche, Kirk.

—Muchacho, ¿por qué no llamas antes de entrar?

—Estoy preocupado por lo que he visto.

—¿Qué has visto?

—A la señora Sterling.

—¿Dónde?

—En casa del doctor.

—El marido está enfermo y habrá ido a por alguna medicina.

—Pues el mayor debe estar muy grave porque el caballo está a punto de morirse.

—Entonces, habrá ido por lo del caballo.

—No, la única enfermedad del caballo es que lo hicieron correr como a un tren.

Kirk y Dorothy se miraron. Ella estaba pálida tras escuchar a Marvin.

—¿Y si mi padre es el que está enfermo? Recuerda su corazón, Kirk.

—Quédate aquí. Iré a casa del doctor.

El doctor John Overon entró en el saloon.

Conocía a mucha gente del pueblo. Llevaba varios años ejerciendo la medicina en aquella comarca.

Vio a algunos hombres del rancho Las Tres Cruces. Pero esta vez no le interesaba porque quizá todos ellos se sentirían obligados con su patrón.

Conocía a otros pistoleros y vio a algunos de los mejores y que no estaban al servicio del mayor Sterling. Gentuza que no se atrevía a enfrentarse con el mayor y que hacían sus negocios lejos de la comarca. Casi siempre estaban de paso para México tras cometer sus delitos. O se dirigían hacia otros lugares de los Estados Unidos para cometerlos.

Vio a alguien cuya cara le pareció recordar.

Hizo un esfuerzo y por fin consiguió ubicarlo en su memoria. Aquel hombre era Mike Ulmer. Había llegado herido tres años antes a su casa. Tenía una fea herida de bala. No le quiso preguntar a Ulmer quién le había metido aquella bala, pero estaba claro que la

recibió en el transcurso de un asalto, ya que le pagó muy bien la cura, con cincuenta dólares oro.

Ulmer jugaba al póquer con otros tres hombres.

—Hola, Mike —dijo deteniéndose al lado de la mesa de juego.

Mike Ulmer alzó la cara y sonrió.

—Creí que no me reconocería, doctor.

—No se me despinta un rostro.

—¿Le sigue yendo bien como matasanos?

—No me pude quejar hasta hace poco. Pero ahora me surgió una complicación. Quisiera hablar contigo.

—Hable.

—A solas.

—No se preocupe, doctor. Ellos tres son de confianza. Están trabajando para mí.

—¿Con éxito?

—Hemos tenido la negra hace unos días. Sí, señor, ¿para qué vamos a engañarnos? Es la negra, y la tenemos encima.

Overon observó las caras de los otros tres hombres. Estaban sin afeitar y con mucho polvo en la vestimenta, y hasta en el cuello.

Observó el dinero que cada uno tenía a su lado y con el que jugaban. El que más plata tenía era un tipo de cejas rubias y apenas llegaba a los tres dólares. Lo cual quería decir que estaban jugando al póquer con centavos.

—Mike, me alegra de que tengas a tres compañeros. El trabajo que os voy a confiar va a ser bueno.

Después de salir de su casa, el doctor Overon había hecho un repaso de la situación. Comprendió que, matando al mayor, Jane lo tendría todo porque heredaría el rancho sin tener que repartirlo con nadie, con Dorothy, puesto que no estaba reconocida todavía como hija. Pero, en un principio, llevado por la ira, tras escuchar a Jane, no había contado con Kirk Russel. Cuando aquel forastero que había hablado con él en el jardín sobre bichos, y sobre cosas bellas y útiles, se informase de la muerte del mayor Sterling, sumaría dos y dos y llegaría a las conclusiones debidas. Y si no lograba la suma total en el primer momento, hallaría las respuestas un poco más tarde. En resumen, que los muertos tenían que ser dos. El mayor Sterling y Kirk Russel. No, a Dorothy no hacía falta matarla. La joven tendría que marcharse o pedir limosna en Yucca.

—Mike, hay que matar a dos tipos.

Ulmer se echó a reír.

—Doctor, creí que era de los que sanaban a los pacientes. Palabra que tenía muy mala opinión de los médicos, hasta que tropecé con usted. Es de los buenos. Se lo digo yo. Aquella bala que me sacó estaba en muy mal sitio, y, usted hizo un trabajo limpio.

—Agradezco tus palabras, Ulmer. Pero no se trata de mis pacientes.

—Ya lo suponía. Son dos tipos que le estorban.

—Sí, Mike.

—¿Cuánto pagará, doctor?

—Os repartiréis doscientos dólares.

—Eso es muy poco por dos víctimas. Le estoy agradecido, pero ofrece poca plata para que podamos salir de la negra. Esas personas deben ser muy importantes para usted. Haremos el trabajo por quinientos.

—No voy a discutir.

—Entonces, trato hecho.

—Ha de ser ahora, Mike.

—¿Es aquí mismo, en Yucca?

—Sí. Voy a salir yo primero. Os espero en la calle. Una vez que salgáis, vendréis detrás de mí. Dejar unos diez metros entre nosotros. Os voy a llevar a la casa del veterinario Lee Walcon.

—¿Vamos a matar al veterinario?

—No, a un hombre que quiere ser su cliente.

Jane Sterling paseaba nerviosa de un lado a otro, en el gabinete del doctor Overon.

La puerta se abrió.

—¡John! —exclamó volviéndose.

Se puso pálida al ver que no era el doctor, sino Kirk Russel.

—Hola, señora Sterling.

—¿Qué diablos hace aquí, señor Russel?

—Yo puedo hacerle la misma pregunta.

—No tiene ningún derecho.

—¿Está enfermo el mayor?

Ella titubeó y Kirk volvió a preguntar:

—¿Se agravó su marido?

—Sí.

—El corazón, ¿eh?

—Por favor, señor Russel, ¿quiere dejarme a solas? —¿Dónde está el doctor?

—No estaba cuando llegué. Lo estoy esperando.

Kirk dejó correr unos segundos y de pronto se echó a reír.

Jane exclamó indignada:

—¿Le produce risa la enfermedad de mi marido, maldito?

—Señora Sterling, no me río de la enfermedad de su marido, sino de mí.

—¿Cómo se atreve?

—Estamos los dos cara a cara, y no me dice lo más importante.

—¿A qué se refiere?

—A la conversación que debió sostener con el mayor sobre Dorothy y sobre mí.

Jane se dio cuenta que había dado un paso en falso. Y eso se debía a que estaba cada vez más nerviosa. El doctor le había dicho que iba a buscar a los asesinos del mayor Sterling, pero ella no debió quedarse allí. Sin embargo, no quiso apartarse del hombre que amaba, de John Overon, porque ambos estaban pasando por los momentos más críticos de su vida.

Kirk rompió el silencio:

—¿No le dijo el mayor que va a reconocer como hija a Dorothy?

Ya había pensado la respuesta. Negar que supiese nada acerca de la conversación sostenida por su marido y Dorothy en la comisaría.

—Sólo sé que vino del pueblo y que entró en la casa. Pero de pronto se desplomó. Yo estaba en el dormitorio. Me avisó un criado. Dejé a mi marido en el sofá y yo me vine a la ciudad en busca del doctor.

Su marido no iba a morir en el rancho, sino en la casa del veterinario. Pero inventarían una explicación para eso.

—He visto su caballo fuera, señora Sterling. Casi lo mató.

—La vida de mi marido es muy importante para mí.

—Iré con Dorothy al rancho.

—Ella no tiene derecho a ir allí.

—Su marido la iba a reconocer como hija, y ya tiene todos los derechos. Hasta luego, señora Sterling.

Kirk hizo un saludo llevando la mano al ala del sombrero y salió del gabinete.

CAPÍTULO XV

Jane corrió a la ventana y vio salir de la casa a Kirk Russel y caminar hacia la derecha. Iba en busca de Dorothy para ir juntos al rancho. No, ya no podía esperar a John Overon. Tenía que ir a casa de Lee Walcon para avisarle. Debían preparar una explicación para la muerte del mayor en casa del veterinario.

Abandonó la casa del doctor.

Una vez en la calle, miró en la dirección que había seguido Russel y no lo vio por ninguna parte.

Entonces caminó hacia el callejón cercano y se internó por él. Al final estaba la casa de Lee Walcon.

El veterinario tenía aficiones que superaban a su profesión. Había montado un laboratorio en una espaciosa nave, al fondo del jardín. La puerta estaba cerrada. Llamó fuerte, con la mano abierta.

Pero no le contestaron.

Entonces gritó:

—¡John, soy yo, Jane!

Le abrió el doctor Overon.

—¿Por qué has venido?

Jane pasó al interior.

—Russel vino a tu casa y me sorprendió.

—¿Dónde está?

—Le tuve que decir que el mayor sufrió un ataque al corazón. Vine desde el rancho en tu busca, pero no te encontré.

Entonces oyó una voz:

—Gracias, querida.

Jane se estremeció.

A la derecha estaba el mayor, junto a una mesa. El rostro de su marido estaba blanco como el yeso. Frente al mayor había cuatro

hombres, cuatro tipos con facha de pistoleros. Pero todavía no habían sacado el revólver.

No estaba el veterinario.

—¿Cómo pude estar tan ciego? —dijo el mayor con voz ronca.

El doctor sonrió.

—Mayor, lo malo de usted es que ya vivió demasiado.

—Es usted un miserable —contestó el mayor sin mirarlo porque tenía los ojos fijos en el bello rostro de su mujer—. Jane, ¿es el pago que me das?

Jane recuperó su serenidad tras la fuerte conmoción sufrida al ver allí a su esposo.

—Lo siento, Robert.

—¿Lo sientes?

—Hay cosas en la vida que nos cuesta trabajo hacer. Tú me lo diste todo. Pero me faltaba algo importante.

—¿El qué?

—Que te quisiese.

—Así que te casaste conmigo sin amor.

—Sin amor —repitió Jane.

—Te felicito porque hiciste el mejor trabajo como actriz. Y ahora culminas tu actuación.

El mayor Sterling cogió un frasco de la mesa y lo levantó.

—Ya no hace falta que Lee Walcon lo analice. Sé que es veneno.

Ella no dijo nada.

Overon intervino dando un suspiro.

—Mayor, no podemos perder más tiempo. Tiene cinco segundos para poner en paz su conciencia.

Una puerta del fondo se abrió.

—Hola, muchachos.

Era Kirk Russel.

—¡Matar a ése! —gritó el doctor.

Mike Ulmer y sus tres compinches tiraron del revólver. Kirk les sacó ventaja porque ya estaba «sacando» y en la fracción de segundo siguiente, se puso a gatillear.

El pistolero, el que estaba más cerca del doctor, cayó en el suelo abandonando el revólver. Overon atrapó el arma y la levantó, pero tampoco la pudo usar porque una bala le alcanzó en el pecho y cayó hacia atrás.

El tiroteo cesó.

Los forajidos estaban sobre un charco de sangre y ya ninguno se movía.

El doctor también estaba muerto.

—¡John…! ¡John! —gimió Jane.

Cayó de rodillas ante el hombre que había amado.

Robert Sterling se divorció de Jane y ésta abandonó Yucca, aunque poco antes de hacerlo le dijo al marshall:

—Encontraré a otro mayor Sterling en San Francisco.

—Pues le compadezco a él le había contestado Lemont.

Kirk Russel y Dorothy Sterling se casaron y fueron a vivir al rancho del mayor Sterling.

Cuando Kirk vio la extensión de Las Tres Cruces y los enormes rebaños, en compañía de su mujer, cogió en volandas a Dorothy y antes de besarla dijo:

—Nena, por mi padre que has sido verdaderamente una rubia de regalo.

FIN